

Lorenzo Trujillo Díaz

SOY HUMANO

Primera parte

Los andróginos

Capítulo primero

Confesión y despedida

Hace unos días hablé con el doctor que ha seguido mi enfermedad y me vino a decir que estaba en el principio del fin, que podía morir en unas semanas. Su diagnóstico coincide plenamente con el que me ofrece mi cuerpo; también con el vuestro, que no os apartáis de mí. Mis fuerzas disminuyen por días; me cuesta mucho comer algo y lo hago porque me presionáis; ya no me sostengo de pie. En una palabra: siento que ha llegado la hora de dejar este mundo nuestro y, creo, también, que es el momento adecuado para que sepáis quién he sido, quién soy y cómo he llegado a serlo. Creo que algo sospecháis por palabras sueltas que oísteis a vuestra madre o abuela, o que se me escaparon en ocasiones cuando me pedíais explicación de por qué no nos hemos sometido al programa *ROBOSMAN* quedándonos en los márgenes de la civilización moderna, o mejor, totalmente fuera de ella. Me habéis mirado muchas veces con extrañeza, como se mira a un desconocido cuando la mirada es una pregunta.

Hoy, cuando algún humano pide ser deshumanizado para convertirse en *robosman* y rozar —solo rozar— el mundo de los andróginos, todos piensan que sale de la Edad de Piedra y que se eleva a la perfección. En mi caso ha sido lo contrario pues “nací” andrógino —sí, andrógino de verdad— y lo fui muchos más años de lo que dura una vida humana. De andrógino auténtico a humano y, además, por propio deseo y voluntad. Con la convicción actual de que aquel “descenso” fue el ascenso más grande a que podía aspirar. Me miráis extrañados y quizá penséis que mi cabe-

za está descontrolada, pero todo lo entenderéis cuando termine de explicarlo.

No hago esta confesión para calmar la curiosidad a que tenéis derecho. Lo hago, sobre todo, para que mis nietos, que ahora empiezan a tomar decisiones importantes, no cometan el error de tantos. Por eso os he reunido en torno a mi lecho antes de que sea tarde para explicarme. A ti, Tomás, mi primogénito, siempre honrado y exigente; a Marta, nuestra primera hija, pensadora y escritora; a Luis y Dora, casi mellizos, tan unidos y serviciales; a Aroa, la pequeña que nos manejaba a todos. Y también a vosotros, los nietos mayores que ya podéis entender y, sobre todo, tener conciencia de la importancia del asunto y de la necesidad de no comentar con nadie: Francesco y Guillermo, los gemelos gamberros pero encantadores, hijos de Luis; mi pequeña María, hija de Aroa, que tanto me recuerda a mi esposa, vuestra madre y abuela; Elisabeth, de Dora, la más madura de todos sin duda alguna. Los nietos sois el corazón de los abuelos; conforme vayan cumpliendo años, vuestros hermanitos serán llamados a una reunión de familia donde los informaréis con todo detalle de la conversación de estos días; nunca antes ni después. Los humanos, al contrario que los *robosman*, y no digamos que los andróginos, estamos muy vinculados, estrechamente vinculados entre nosotros: compartimos y contagiamos el lenguaje, las enfermedades, los deseos, las opiniones. En este sentido somos muy vulnerables y fácilmente manipulables. Ser persona individual y libre, con convicciones propias y justificadas, pero sin perder esa vinculación que nos constituye, no es nada fácil. Por eso no me limito a responder a vuestra pregunta siempre latente, sino que os relato una historia. Es mi historia, inseparable de la de vuestra madre, a la que he amado hasta el límite y cuya pérdida me introdujo en la muerte. Espero reunirme con ella para siempre.

No lo olvidéis: los humanos no somos producto de un laboratorio. En el momento cero de nuestra vida fuimos un precioso óvulo guardado dentro de los ovarios de nuestra madre. Luego subió a la superficie para madurar y a continuación flotó hacia la apertura de las trompas de Falopio. Allí lo alcanzaron los millones de espermatozoides de nuestro padre previo abrazo amoroso de los dos. Así se formó el embrión, la primera célula humana, el hombre. Nuestro cuerpo se configuró durante nueve meses, alimentado por el cuerpo de nuestra madre.

Ya sé que este proceso se ha ridiculizado como soez y grosero, propio de los animales. Es la opinión despectiva de los andróginos y la vergüenza de muchos humanos... estúpidos.

—Padre, —me interrumpe mi hijo Luis—. Si para ser humano hay que nacer de mujer tras la gestación en su vientre, ¿cómo puedes considerarte humano si tu nacimiento nada tuvo que ver con mujer alguna?

—Bravo, Luis. Esa pregunta vale la pena y creo que puedo responderte. No fui gestado en el vientre de una madre ni parido por ella. Y, sin embargo, sí nací de una madre, la vuestra.

Me miran y se miran como si estuviera delirando. Guardo silencio unos minutos y hablo:

—Yo no era humano, pero estaba, sin pretenderlo ni poder explicarlo, adquiriendo humanidad como luego os explicaré. En ese proceso de transformación ocurrió algo inesperado. ¡Me enamoré! ¡Imposible!, me habrían dicho los sabios creadores de andróginos, pero fue real. La conocí, me conoció, la miré y me miró. Y a partir de ese momento fue como si naciera. Solo pensaba en ella; empecé a soñar por las noches, y por supuesto era el sujeto

de mis sueños; caminaba y miraba a todos lados por si la podía ver. Mi cuerpo, asexuado, empezó a cambiar: su cuerpo atraía mi mirada, me excitaba, deseaba abrazarla. Empecé a notar que algo brotaba en mi ingle, algo que alteraba mi forma corporal. El resto del mundo desapareció para mí. Un día ella dio el paso; se acercó y me abrazó; los besos se sucedieron con las caricias, cada vez más apasionadas. Ella me abrió su cuerpo y yo penetré en él; cuando con un gran suspiro salí de ella, yo sabía a ciencia cierta que había nacido humano y que ella me había parido como tal.

Pero hijos, estoy adelantando cosas que tardaron tiempo en aparecer y que fueron acompañadas por sucesos interesantes. Antes de hablar de mi proceso os contaré algo que ningún humano conoce: cómo nació el mundo de los andróginos. Pero, si os parece, descanso un rato y luego sigo. Salid como media hora y dejad apagada la luz.

Dora me trae un batido de algo dulzón. Lo tomo, me relajo y duermo. Y sueño con ella, con mi amada María. Sueño que ha entrado en la reunión tan bella como cuando la conocí, que ha tomado asiento pero que ni mis hijos ni mis nietos la ven. Me tira un beso con la mano y hace un gesto como diciendo: lo estás haciendo muy bien.

Capítulo segundo

Así nació el mundo de los andróginos

Para que entendáis quién era yo y quién fui después, creo conveniente que sepáis algo acerca de cómo surgió el mundo de los andróginos. Sabéis lo que es un andrógino; el nombre viene de la antigua Grecia y significa que en esa persona lo masculino y lo femenino se han fundido totalmente; varón y mujer al mismo tiempo sin que se distingan ambos sexos; en realidad, sin sexo. Hace nueve siglos el mundo era humano, sin más; pero es cierto que ese mundo humano había llegado a unos límites insostenibles y que muchos creían imprescindible el dar un salto evolutivo, ahora diseñado y hecho real por el saber y la capacidad del mismo hombre. Como ese salto tenía raíces diversas, os voy a describir algunas.

-I-

La raíz del cambio

La raíz más profunda que hizo brotar otras, creo que estuvo en la enorme transformación de la vida sexual que aconteció durante los siglos XX y XXI de la Edad Antigua. En el XX se produjo un pansexualismo que abrió las puertas a la degradación y luego a la desaparición de la sexualidad como tal. Una gran revolución juvenil introdujo la sexualidad libre de normas morales y de límites sociales, al tiempo que aparecieron los preservativos de todo tipo

que impedían el embarazo. El sexo fue perdiendo sus anteriores finalidades (unión personal, hijos) hasta convertirse en pasatiempo placentero sin más trascendencia. La pornografía invadió la vida privada por los medios online. El ejercicio de la sexualidad se hizo casi exclusivamente virtual, sin presencia real del otro sexo. Se impidió nacer a fetos deficientes y se mató a enfermos o ancianos que sufrían y hacían sufrir. A lo largo de ese siglo y del siguiente, la natalidad fue bajando progresivamente hasta rozar la desaparición. Mujer y natalidad rompen su vínculo; la maternidad deja de ser un título de gloria y queda en una simple carga. Búsqueda de placer y nada más.

Francesco hace un gesto lascivo a su hermano Guillermo y los dos quinceañeros sueltan una carcajada exclamando casi a dúo:

—¡Qué guay! Eso era vida.

El tío Tomás hace una mueca de enfado y les dice que dejen hablar al abuelo. Este sonríe y continúa:

—Hubo un progresivo alejamiento del mundo real, un narcisismo que solo veía como real la propia imagen. A esto colaboró el nacimiento de la comunicación permanente sin la presencia física del otro; la revolución de los móviles, las llamadas redes sociales fueron fruto de esa comunicación virtual. Se añade el buen vivir de los países ricos: un mundo nuevo, de gourmets y chefs famosos. Hubo países acogedores que se convirtieron en algo muy próximo a un gran bar; el oficio de la mayor parte de la población fue el de camareros. Además, la pérdida de la lectura, correlativa a estos nuevos modos de vida.

Esto último fue lento, efecto quizá de lo anterior pero también causa de la vaciedad posterior. La vida se convirtió en un activis-

mo que no dejaba tiempo ni silencio para leer. La noche, diversión; el día, sueño. Fueron desapareciendo los buenos escritores y sustituidos por creadores de videos y filmaciones. La visión de estos últimos ahorra el esfuerzo de interpretar signos escritos y de pensar en los matices de esos relatos. Aparte de que los libros eran reos de seguir manteniendo el lenguaje no inclusivo que el feminismo de género rechazaba con agresividad. Los gobiernos aprovecharon para declarar que el papel era el gran responsable de la degradación de la naturaleza. Se ordenó a los bomberos que recogieran los millones de libros alineados en las estanterías de bibliotecas públicas o privadas y que fueran utilizados mientras duraran, como combustibles en las grandes fábricas y en la calefacción. Entre nosotros, los cristianos, casi todos hemos memorizado la Biblia o parte de ella; por ello habéis aprendido a leer en el cole¹.

Lenta, muy lentamente, gira la percepción, el modo de captar el mundo. Resultado: el “sentir” suplanta al “ser” en la mentalidad y en el modo de vida. “Sentirse bien” es el objetivo principal de esta forma de vida que comenzó vaciando la sexualidad de contenido. Me siento bien, me siento mal, sustituyen a estoy bien, estoy mal. ¿Qué importancia puede tener lo que soy realmente si me siento bien, si me encuentro feliz y satisfecho? Para lograr sentirse y sentirse bien, las grandes farmacéuticas lanzan infinitos “medicamentos”: tranquilizantes, estimulantes, e, incluso, drogas que se dicen despojadas de su capacidad de dañar. La pregunta no es quién soy, sino cómo me siento. La droga destruyó la historia que es cada persona y redujo a esta a un presente estéril, sin pasado y sin futuro. Del pienso, luego existo de Descartes al “siento, luego existo” del final de aquella época.

¹ Homenaje a Ray Bradbury, *Fahrenheit 451*.

-II-

La falsa cultura del “género”

El proceso que os describo, del ser al sentir, llega mucho antes al fondo de la realidad sexual. ¿Por qué ser varón si me siento mujer? ¿Por qué mujer si me siento varón? Se sustituye la palabra “sexo”, inseparable de su contenido biológico e independiente de su aceptación sentimental, por “género”, que responde —dicen— a la cultura y a la elección personal; en realidad al sentir. Frente a los dos sexos biológicos, puede haber tantos géneros como se quiera: lesbianas, gais, bisexuales, transexuales e intersexuales, pansexuales, etc. Lo mismo que orientaciones: intersexualidad, lithsexualidad, autosexualidad, antrosexualidad, polisexualidad y asexualidad, etc. Se llegaron a reconocer legalmente treinta y siete géneros y diez orientaciones sexuales. Esta corriente fue llamada *ideología de género*. La ideología de género se convirtió en el gran instrumento de la revolución social; gozaba de auténtico poder en los organismos de gobierno, nacionales e internacionales; debía estar potentemente financiada por personajes o grupos de altas finanzas; es posible que formara parte de los planes para reducir la población mundial. Fijaos hasta donde llegó la estupidez que intentaron también “asaltar” las Academias de la Lengua en varios países para alterar el lenguaje introduciendo artículos diversos o nuevas terminaciones entre las palabras según su género: el, la, le, niño, niña, niñe, soldados, soldades y soldadas. Seguramente pensaban rescribir todos los libros de la historia para adaptarlos a este cambio. Mejor al fuego con ellos. Rechazar la verdadera sexualidad traía consigo rechazar la historia real que recarga permanentemente los genes, de modo que en cada humano late la

historia de toda la humanidad, si bien este rechazo se escondió con lo contrario: los *sin-historia* llamaron *recuperar la memoria histórica* a destruir nombres, imágenes, arte que pertenecían a la historia se quisiera o no. Recuerdo una noticia que muestra cómo el fanatismo y la ignorancia van de la mano: una autoridad académica inhabilitó a un profesor porque había enseñado a los alumnos que solamente hay dos sexos; esa autoridad académica confundía sexo biológico, que solamente puede tener dos formas, con lo que ellos designaban como género.

Como siempre, será uno de los quinceañeros, ahora Guillermo, quien interrumpe.

—Abuelo, ¿no estás exagerando un poco? Me suena a los cuentos que nos narrabas cuando éramos pequeños. ¿De verdad se creían eso? ¿Cómo puedes recordarlo si no habías nacido aún?

—Respecto a lo primero, casi tienes razón, Guillermo. Es algo tan irreal que visto a distancia suena a un cuentecillo para niños. Pero era así. El Estado impuso que un adolescente podía pedir legalmente el cambio de sexo sin consentimiento de sus padres, quienes en la legislación perdieron ese hermoso nombre, padres, para ser llamados progenitores. El Estado expropió la paternidad: “los padres no son propietarios de sus hijos”, dijo una “ilustre” ministra. El cambio suponía intervenciones quirúrgicas, tratamientos hormonales, que lograban cambiar la apariencia; eran los “trans”; pero, con todo respeto a su sufrimiento, seguían siendo lo que eran, varón o mujer, hasta la muerte. Respecto a lo segundo, recordad que fui un andrógino; aun después de dejar de serlo vosotros mismos os admiráis de lo que llamáis mi supermemoria; es solamente un residuo, pero aún funciona. Puedo en este momento recordar un dibujo humorístico de esa época que pintaba a dos

mujeres, una con el cochecito del bebé, y la otra, acompañante que preguntaba: ¿es niño o niña? Y la respuesta: *aún no lo sabemos pues todavía no habla.*

-III-

Adiós a Montesquieu

Además de esta revolución sexual que dio origen a la ideología de género, hubo un factor paralelo que facilitó el camino: el cambio político-económico que dio al traste con el régimen democrático defensor de la libertad. La complejidad de la vida en los siglos finales de la vieja era, facilitaba la concentración del poder y tendía a dejar de lado la separación de poderes que impedía la dictadura. El poder legislativo como diferente del gobierno había desaparecido tiempo atrás. Las listas presentadas para elecciones a diputados de los distintos órganos parlamentarios, elaboradas por la dirección de los partidos, eran, además, cerradas; no se votaba a personas sino a listas. Consecuencia: se votaba lo que quería el gobierno de turno con mayoría parlamentaria; y estos “representantes” no podían menos que ser eco de las instrucciones del partido, o sea, del gobierno. Pero el paso definitivo consistió en controlar el poder judicial. Ocurrió de muchos modos y por pasos. Intervención en los nombramientos, control mediante la presidencia de órganos referentes al poder judicial por ex miembros de los gobiernos, control de la abogacía del Estado... Empiezan a modificarse las constituciones para depositar en los jefes de Estado todo el poder: leyes de seguridad que daban todo el control a los presidentes de gobiernos. Y no digamos de la policía del

pensamiento² que de un modo u otro se fue instaurando y que terminó con la libertad de expresión; hubo una ley “trans” que castigaba duramente a los padres que instruían a los hijos sobre el daño de esta corriente que los deformaba desde la escuela. Era el totalitarismo “democrático” que anticipó brutalmente, siglos antes, un sujeto demoníaco llamado Hitler. Claro que esa dictadura totalitaria de los jefes de Estado tenía dos motores ocultos. Por un lado, la ideología de género que daba lugar a verdaderos lobbies poderosos e influyentes. Y por otro el neocapitalismo que financiaba estas ideologías. Aparecieron archimillonarios que acumulaban fortunas mayores que las estatales y que actuaban por su cuenta y sin control. Algunos procedían o habían sido creadores de Silicón Walley y unían a sus superfortunas una mentalidad de salvadores y mesías.

—Padre —dice ahora Tomás, el hijo mayor—, si realmente fue así se trata de la mayor concentración de poderes de la vieja historia. ¿Cómo es posible que en un periodo relativamente breve todo aquello se disolviera y apareciera en su lugar el mundo de los andróginos? ¿Fue realmente una agonía de la humanidad?

Interviene mi hija Marta, la filósofa de la familia.

—Quizá hubo una revolución que tumbó el régimen del Género. Pero encuentro una dificultad para admitirlo. No se abrió una “edad media”, unos siglos de evolución hasta llegar a los andróginos. No lo entiendo.

—Hija mía, la “edad media” fue el régimen del Género. Intentaré haceros ver cómo ocurrió.

² Las páginas de George Orwell (1984) que nos hicieron temblar ante ese posible futuro.

Matrimonio y familia

Pero antes debo concluir con lo anterior. El régimen del Género suponía el final de la familia que ellos llamaban tradicional, o sea de la familia. Se aplicó el término familia a convivencias legitimadas por un contrato legal y una manifestación ante la autoridad; incluso se les reconoció la posibilidad de hijos mediante los llamados “vientres de alquiler” o mediante inseminaciones. La familia, sin embargo, nace del compromiso matrimonial entre un varón y una mujer, compromiso abierto a la vida y creador del hogar. Exigía una capacidad de convivir más allá de los sentimientos cambiantes y de las circunstancias. Esa capacidad, si recordáis todo lo que os he relatado, iba desapareciendo. Los divorcios se multiplicaron. Tras el divorcio, la mayoría terminaba emparejándose temporalmente; a veces se prolongaba. Digo emparejarse; también el lenguaje cambió y no a mejor: *mi pareja* en lugar de esposo, esposa, cónyuge. Un término propio de la vida animal o de la compañía pasajera, por ejemplo, el baile. La familia estable creaba un hogar y el hogar era la riqueza más grande de los venidos a la vida. Hogar viene de *focaris*, fuego. Su raíz está en el fuego, en el calor que invita a la reunión. Los más antiguos ancestros de los hombres dormían en las ramas de los árboles por temor a las fieras nocturnas; cuando inventan el fuego y fabrican antorchas, entran en las cuevas, expulsan a las fieras y mantienen una gran hoguera que permanece encendida día y noche. En torno a ella se expande la conversación, la escucha, la canción, la pintura, el arte. Hogar es sinónimo de cueva cálida donde el humano se siente defendido de la calle; es el ámbito privado. El

hogar va desapareciendo poco a poco. Los muchachos, gozadores del presente, duermen en casa, pero como en una pensión; su familia ahora son los amigos. Cierto que muchas personas que se separaron cuidaban especialmente las relaciones afectuosas con el anterior cónyuge por defender a los hijos, pero lo cierto es que el hogar se perdió. En una palabra: el individuo cada vez queda más solo frente al Padre-Estado. No se pregunta nadie si la ley es moral o inmoral, simplemente es ley.

Por suerte, esa situación progresivamente dominante no pudo totalmente con la familia. Fueron muchas las que cuidaron la vida de hogar, engendraron hijos y los educaron. Tuvieron que ocultar sus enseñanzas a los hijos, hasta el punto de recurrir a una escolaridad oculta, paralela y contraria a la oficial. Pero resistieron y vencieron. Los humanos de hoy son los sucesores de esas *familias tradicionales*, cristianas en gran número. Por ellas nuestro mundo aún no es exclusivamente de los andróginos.

-V-

Superhombres, trashumamos, inmortales, andróginos

El régimen del Género llegó a sus límites sin resolver ningún problema. En vez de liberar a la mujer de cualquier opresión, la había negado al negar la diferencia real de sexos. La mujer no estaba cómoda, los varones se sentían maltratados por leyes que tenían de fondo la lucha de clases entre sexos. Los *trans*, a lo largo de los años, descubrían que no los habían cambiado realmente; unos se adaptaban socialmente, otros se sentían estafados, no pocos

quedaban heridos por tanto tratamiento médico... Sobre todo, no había ilusión. El amor romántico casi había desaparecido, la sexualidad aburría. La droga terminó la tarea y sustituyó el sexo y la fiesta: orgía, porfía³.

Y entonces se dio el paso que, en realidad, venía preparándose. Un grupo no pequeño de científicos, bien financiados, llevaba decenios y decenios investigando cómo superar de algún modo la muerte, cómo entrar en otro estado humano o superhumano o transhumano que ilusionara y que eliminara el sufrimiento, cómo sustituir la maternidad y la natalidad por un trabajo de laboratorio diseñado desde el embrión y controlado por el poder. Es decir, de un mundo aburrido que era ya el régimen del Género, a un mundo feliz. Ese era el paso: hacia un mundo feliz⁴.

—Me siento muy cansado —les digo—. ¿Por qué no lo dejamos para la tarde?

—Por supuesto, padre. Estamos tan impactados que nos gustaría oírte horas y saber todo cuanto antes. Pero, por otro lado, también nos gusta meditar tranquilamente lo que te oímos y así casi adivinar lo que viene. María te traerá algo para comer, y luego duermes.

—O sea, lo que nuestros antepasados llamaban “la siesta”. Algunos decían con humor que aquel descanso tras la comida era el yoga occidental.

Abro los ojos y veo la luz del atardecer que entra por la ventana de mi alcoba. Todo está en silencio. Seguro que mis hijos y nietos se han alejado para no despertarme. ¡Me siento tan querido!

³ Qué lógica interna la del “mundo feliz”.

⁴ Gracias, Sr. Huxley, por sus profecías.

¡Cómo me consuelan y alegran sus atenciones! Morir rodeado por ellos, mirarlos a los ojos por última vez y adivinar las lágrimas que retienen... ¡Qué maravilla ser un humano entre humanos! Toco un timbre que me tienen al lado de la cama, y no ha pasado un minuto cuando ya están todos sentados a mi alrededor, los dos quinceañeros en primera fila; me acercan un vaso de zumo a la boca y esperan impacientes.

—Qué bien me siento tras la siesta; realmente es una medicina eficaz. Os estaba contando el salto a los andróginos. Había habido desde atrás intentos de mejorar la capacidad humana más allá de lo humano: cambios genéticos antes del nacimiento, chips en el cerebro para mejorar la memoria o el razonamiento o el desarrollo muscular... Eran pasos parciales que no pocas veces desequilibraban al sujeto al desarrollar partes sin abrir del todo al desarrollo. El punto clave de la novedad estuvo en la creación del embrión transhumano y en la introducción de cambios profundos que se irían desarrollando al unísono pues eran abiertos al cambio y al desarrollo. La llegada a este punto fue laboriosísima: años de trabajo conjunto de equipos distantes que actuaban con total discreción, un dineral en experimentos y artilugios cada vez más sofisticados y eficientes.

Las modificaciones más importantes con relación al embrión humano fueron: la desaparición de la sexualidad y, por tanto, de la diferencia entre varón y mujer; la eliminación de emociones y sentimientos irracionales que alteran al humano y le desequilibran; la alimentación mediante la transformación del oxígeno respirado, lo cual eliminaba el sistema digestivo y los residuos del mismo; la superación del sentido del tiempo y la capacidad de vivir totalmente en presente. Eliminaba el deseo como tal, es

decir, el mirar al futuro y sentirse llamado por él; presente y nada más. Todo esto disminuía notablemente la vulnerabilidad, alargaba mucho la “vida” (si se puede llamar así), pero el punto central que hizo posible el cambio fue el nuevo cerebro.

-VI-

Un nuevo cerebro, un nuevo ser

El cerebro *positrónico* que soñó un científico y maestro de la ciencia ficción —Isaac Asimov⁵— y que luego se fue diseñando hasta ser real y capaz de formar parte del embrión, de ser algo vivo y creciente y no una simple pieza introducida. Este cerebro fue el responsable de ir fraguando y desarrollando el nuevo ser.

Tomás interrumpe para preguntar.

—Pero el cerebro positrónico era propio de los robots. ¿Los andróginos son robots? ¿Son simples máquinas programadas? ¿Carecen de inteligencia propia y de voluntad para decidir?

—Ese es el fondo del asunto, Tomás. Pero déjame seguir para poder explicar algo que no tiene una respuesta simplista y fácil.

La diferencia con el robot clásico era la que he adelantado. El cerebro positrónico de ahora no era una pieza estática introducida en el “cuerpo” del sujeto. Era su cuerpo, organizaba ese cuerpo, crecía con él. No os podría detallar su estructura en una conversación como esta, pero sí puedo decir algo que podréis comprender fácilmente. Los embriones tomados como “carne” podían ser de

⁵ ¿Antropólogo en el fondo?

humano o de mono; en estos últimos se inyectaba en el embrión el gen responsable de la diversidad del humano (tamaño, complejidad). Se preferían, no obstante, los humanos porque exigían menos esfuerzos y porque el resultado era mejor. Los humanos se tomaban de grupos de estos que habían pactado con los andróginos. A cambio de sus embriones recibían un trato especial: medicina avanzada, alimentos, territorio privilegiado, etc. Por eso se distinguía entre el andrógino procedente de humano (andrógino de primera) y el de mono (andrógino de segunda). Estos últimos venían a ser la clase baja de los andróginos; sus tareas eran más simples y eran tratados con menos deferencia; pero lo aceptaban con naturalidad. Otra cosa distinta era la entrada en los andróginos de humanos que *se convertían* y lo solicitaban. A base de procesos complicados recibían algunas características, pero no todas. Eran andróginos de tercera, o mejor, no eran andróginos sino meros robosman.

El cerebro positrónico nativo y auténtico constaba de tres *hemisferios*. El hemisferio frontal organizaba el lenguaje, el razonamiento, la conducta social (sin contacto, superficial, pero disciplinada). El hemisferio superior era el del aprendizaje del trabajo; había variantes y categorías. Y el hemisferio posterior era un banco de memoria, pues contenía todas las bibliotecas y hemerotecas de todos los tiempos.

—Como para volverse locos —dice Elisabeth, la hija de Dora—. No veo su utilidad. ¡Menuda carga! Habiendo bancos de datos fácilmente manejables en los superordenadores, ¿a cuento de qué llevarlos consigo?

—Querida Lisa —le respondo—, no lo entiendes. No se trata de bancos de datos para investigar. Son recuerdos que vienen cuan-

do hay un parecido con lo que se está viviendo en ese momento y que sirven para comprenderlo mejor. Mira, un ejemplo simple. El andrógino está observando una conducta humana para valorarla y permitirla o prohibirla. Cuando la observa y pregunta, recuerda sin proponérselo ni buscarlo, conductas similares y sus consecuencias. No es una carga, es una ampliación de la visión.

Recordadlo: el cerebro positrónico no *siente* emociones, pasiones; las ve en los humanos y las desprecia alegrándose de no sufrirlas. Es la base de su tranquilidad que entienden como felicidad. No desarrolla la diferencia de sexos.

—El andrógino —dice con tono presuntuoso Francesco—. Es varón y mujer a la vez, o sea, no tiene sexo.

—Mi hermano es andrógino, mi hermano es andrógino. ¡Andrógino!, ¡andrógino!, —le grita el otro quinceaño.

Tiene que intervenir un mayor para que no traben combate.

—Los andróginos estaban en todos los sitios; eran muchos millones, pues bastaba el proceso de laboratorio para ponerlos en el mundo. De todas formas, tenían una ciudad donde repostaban y recibían reparaciones o nuevas potencialidades cuando era oportuno. Los humanos llamaban a aquella ciudad⁶ —en realidad un conjunto de laboratorios para reparación— construida en círculos y flotante en la atmósfera *Ciudad de los Anillos*, y a los andróginos cuando salían de ella en manadas de naves, burlonamente, *Orcos*.

—Creo que ya tenéis suficiente —les digo—. Basta por hoy. Es de noche y hay que descansar.

⁶ ¡Bendito Tolkien!

Con voz cantarina, María se despide del abuelo, y en voz baja le dice:

—Y tú, ¿eras de verdad un andrógino? ¿Y de qué clase? ¿Habías sido humano antes y por eso pudiste volver a serlo?

Me hace reír. La beso y se marcha. Y yo caigo rendido de sueño y de cansancio.

Capítulo tercero

Yo, andrógino

-I-

Se empieza a producir el cambio

—¿Has dormido bien, papá? ¿Estás descansado para dedicarnos un rato?

Es mi hija Marta, el rostro que veo apenas abro los ojos.

—Me encuentro bien. Seguiré mi narración mientras voy dando sorbos al café que habéis preparado.

Quisiera, llegado a este punto y habiéndoos puesto en condiciones de comprender el porqué de los andróginos, presentarme como el andrógino que fui y explicar cómo fue mi cambio. Quede muy claro que fui andrógino de verdad, de primera clase —se miran y sonríen—; más aún, calificado por los dirigentes como el modelo más avanzado y sujeto de observación para futuros experimentos. Creado sobre embrión humano y, como digo, ejemplar único. Mi tarea me mantuvo mucho tiempo fuera de la Tierra y distanciado de los humanos. Consistía en investigar galaxias nuevas, averiguar sus riquezas de todo tipo, planificar la explotación y distribución, etc. Un cargo de mucha confianza. La población humana había quedado encerrada en la Tierra. En los nuevos mundos habitados, la población era exclusivamente de andróginos. Debí de hacerlo bien, pues pasados algunos años fui nombrado ministro

de relaciones con los humanos; debía tener toda la información sobre ellos (población, necesidades, actividades peligrosas, etc.). Un cargo importante que desembocaba a menudo en la entrada en el Gran Consejo.

Y aquí comenzaron cambios inesperados que me desconcertaron y terminaron donde terminaron.

—¿Dónde abuelo?

(La dulce María)

—Lo sabrás, hija. Ten paciencia.

Fui descubriendo la humanidad, pero implicándome excesivamente en el acercamiento. Os cuento dos o tres acontecimientos sin importancia y lo que significaron para mí. Hubo muchos más, pero bastan estos como ejemplos.

Un día paseaba por un bosque inspeccionando daños que habían denunciado. De lejos vi a un hombre en cuclillas junto a un árbol; llevaba lo que me pareció una gorra con visera. Me fui acercando y vi que tenía los pantalones bajados y el trasero al descubierto. Estaba soltando lo ya digerido en su estómago en forma de tubo marrón que caía al suelo. A mi olfato llegó un olor nauseabundo, a pesar de que el cerebro positrónico capta los olores como pista para identificar algo, pero sin sensación de bienestar o malestar. ¡Sentí asco, repugnancia!

Me interrumpe Guillermo:

—¡Estaba cagando! Y tú sin saber lo que era. Ja, ja, ja.

Se lleva la mano a las narices y empieza a canturrear:

—¿Quién se ha peído, que huele a caramelo? Fu, fu, fu, que has sido tú —señala a su hermana que se pone roja de vergüenza y niega con la cabeza.

El quinceañero gamberro estalló en carcajadas clamorosas que contagió a su querido hermano.

—Abuelo —continuó—, escucha este chiste. Un catedrático estaba explicando solemnemente su lección cuando uno de aquellos jóvenes estudiantes gritó:

—Señor, ¿puedo ir a cagar?

La clase soltó la risa y el profesor le dijo:

—Más fino hombre, más fino.

A lo que el alumno respondió tras carraspear fuertemente:

—Perdone, es que estoy ronco.

Todos ríen ahora, menos Tomás que pide a los muchachos más respeto a su abuelo:

—Os habéis pasado; sois groseros y maleducados. Si el abuelo lo consintiera, os echaría de esta reunión familiar donde no merecéis estar.

Me dirijo a Tomás:

—No, Tomás, no te enfades con ellos. Me han facilitado mucho haceros comprender mi cambio. Los andróginos no tienen humor, no ríen; son serios y objetivos. Entienden que el humor y la risa son deformaciones de la realidad que nos alejan de la misma. Y aquí estuvo mi sorpresa: olí el apestoso excremento y

en otras ocasiones reí a carcajadas. ¿Qué me ocurre, me pregunté? Inquietud, pero en el fondo me sentí contento por estos rasgos tan humanos.

En otra ocasión encontré a un señor bien vestido pero que había bebido más de la cuenta; iba haciendo eses con paso inseguro. Se acercó amabilísimo, me pasó el brazo por los hombros y yo hice lo mismo. Reía y reí; me daba golpes en la espalda y me arrastró a cantar con él: *Búfalo no quiere dormir, no quiere dormir, no quiere dormir... al baile quiere ir*⁷. Como en una vieja película que exaltaba la belleza de la vida.

Le pregunté si había bebido algo y me dijo que sí, que había pedido una bebida refrescante y el camarero, muy risueño, le había servido un gran vaso lleno de líquido oscuro, muy dulce y sabroso, aunque un poco fuerte. Vino dulce con bastantes grados, me dije.

Se sentó somnoliento y decía por lo bajo:

—Tengo que ganar las alas, tengo que ganar las alas...

Cuando abrí los ojos había desaparecido.

No quiero agotar el tiempo contando tantas anécdotas como viví en ese tiempo intermedio, cuando seguía siendo un andrógino, pero empezaba a tener alma (¿y cuerpo?) de hombre. Solo una más.

Salí una noche a pasear. Era un “vicio” que había ido adquiriendo poco a poco. Andaba por las aceras, miraba las ventanas y los movimientos de las personas que transparentaban, preguntándome quiénes serían, cómo sería convivir con otros; respiraba el silencio, pensaba...

⁷ ¡Qué bello es vivir!

Caminando absorto en mis pensamientos, casi tropiezo con un bulto acurrucado junto a la pared. Me detengo, el “bulto” se alza y me tiende la palma de la mano: no he comido hace días, por favor, dame algo que comer. Un andrógino no sabe de comida, no lleva dinero. Pero me siento interpelado, mi corazón sangra el hambre de aquel mendigo. Le digo que me espere y, a toda prisa, con la rapidez extraordinaria del andrógino, recorro un par de calles hasta dar con una tienda de comestibles. Estaba cerrada, como es natural dada la hora. Me late el corazón, golpeo ruidosamente la puerta; alguna ventana se enciende y alguna voz me pide que los deje dormir. Por fin se abre la puerta y aparece el dueño del establecimiento con cara de vinagre. No le dejo hablar: *soy un andrógino, necesito comida, no lo olvidaré y serás mi protegido*. Obediente, abre la puerta y me llena una bolsa de bocadillos, bebidas. Doy las gracias y él se queda mirando cómo salgo a escape. Le llevo la comida al mendigo que me mira con verdadero afecto, sonrío y la toma. Gracias, muchas gracias, me dice. Observo que la mano que me tiende está herida. Marcho.

Por supuesto, al día siguiente los comentarios y rumores en el barrio son el acontecimiento. Las interpretaciones muy distintas: un andrógino ha pedido comida para mendigos, los andróginos han asaltado el comercio y se han llevado todo... Y, por supuesto, esto llega al Consejo. Soy citado con urgencia: *Se le convoca el día X, a la hora señalada. Absténgase de comentarlo y sea absolutamente puntual*.

Es la hora de tomar algo y se levantan, pero los mellizos piden atención y dicen:

—Os pedimos perdón por nuestra falta de respeto y por la grosería de nuestras palabras. Queríamos que el abuelo, tan enfermo

y sufriendo, riera y se alegrara. Hemos metido la pata. Y también tú, María, la más bonita de la casa, perdona que te hayamos avergonzado.

María los abraza y luego todos se acercan y abrazan o pasan la mano por sus cabezas.

-II-

Juicio, y sentencia... provisional

A la hora exacta estaba ya sentado en la gran sala del Consejo de Ancianos. Curiosamente, nuestros gobernantes no eran andróginos sino humanos. ¡Qué contradicción! Son los personajes que pusieron en marcha el cambio y declararon finalizada la historia anterior. Como eran humanos no era posible transformarlos en andróginos; lo habrían sido a medias. Optaron por permanecer humanos multiplicando por muchos dígitos los años de vida de un humano; esos centenares de años se mantenían jóvenes; luego la decadencia era rápida y se aplicaba la eutanasia cuando su cerebro daba muestras de confusión. Los Treinta, como se llamaban sus miembros rodeaban al investigado.

En primer lugar, me interrogaron acerca de los sucesos que les habían llegado, en los cuales me había comportado más como un humano que como un andrógino. Tuve que narrar detalladamente cada uno, con pelos y señales. Sus ojos me miraban fijamente; habrían reconocido cualquier mentira. Respondí con sinceridad. Reconocí que me sentía bien en esas situaciones; que actuaba como un humano, pero sin pretenderlo. Que me atraía la curio-

sidad por todo lo humano. Que había interpretado esto no como algo negativo sino como un don para ejercer mejor mi tarea de ministro de la Humanidad. No me lo preguntaron; menos mal, pues no habría podido mentir: callé que estaba observando en mi cuerpo ciertos cambios morfológicos y funcionales; de momento mínimos, pero en crecimiento. Preguntaron y preguntaron; luego, a la señal del presidente del Consejo, salí a una sala de espera distante y aislada.

Los Treinta comenzaron un intercambio de valoraciones que se fue haciendo debate. Un sector de ellos se mostraba terminante. Me veían como un error en la programación; sobre todo creían haberse equivocado al introducir en mi embrión la posibilidad, aunque muy limitada, de desear; sabéis que el andrógino no “de-sea”, “necesita” simplemente. Desear es mirar al futuro, imaginar; algo demasiado humano. Se arriesgaron a esta “pequeña” modificación y ahí estaban los resultados. Era un momento muy peligroso; podía dar lugar a un híbrido de andrógino y humano que no sería ni lo uno ni lo otro. Pedían, en consecuencia, mi destrucción y, a la vez, la prohibición de ir más allá del cerebro positrónico original. El sector contrario les daba la razón en cuanto al análisis, pero proponían no detener el proceso, siempre bajo estricta vigilancia, hasta que llegara al final. Así avanzaríamos en la comprensión de estos cerebros. Luego, si había que destruir... Se optó finalmente por la prórroga. Me llamaron y me dieron instrucciones: controlar los impulsos y seguir mi servicio. Y me despidieron.

La reunión formal había terminado, pero seguía la tertulia. Uno de los Treinta, que ya debía de estar en ese periodo de vejez decadente, se fue haciendo con la atención de los demás.

—Creo que no os dais cuenta del fondo de este asunto. Queréis controlar los efectos, evitar retrocesos. Pero no sois capaces de pensar como lo hacíamos los humanos de antaño. Nos preguntábamos, sobre todo, por el ser y significado de las cosas; nuestra inteligencia no era solamente maquinal. Y eso me pregunto yo ahora. ¿Qué está ocurriendo? Que se está invirtiendo la evolución que nosotros veíamos culminar con el andrógino. Ahora resulta que ese andrógino, además el más perfecto hasta hoy, cuando llega a un cierto grado de perfección, ¡se vuelve humano!, de modo que el ser humano es el último escalón y el andrógino una falsa superación. Pensad esto.

La cara de susto de todos, y al mismo tiempo de odio, es captada por el anciano, quien tranquilamente dice:

—Me parece que me he ganado la eutanasia. Haced lo que queráis, pero he dicho algo que antes o después tendréis que afrontar.

El presidente hace una señal, entra un sanitario envuelto en bata blanca, toma el brazo del anciano, inyecta y él muere casi instantáneamente, pero con los ojos abiertos y mirando al rostro de sus colegas; estos han desviado la mirada.

Seguí trabajando en el ministerio. Ahora disimulaba y vivía oculta-mente esa empatía con todo lo humano. No me repugnaba tanta debilidad y miseria: ni sus enfermedades, ni sus locuras, ni su violencia... Era algo que no podía evitar, como una empatía creciente. Los cambios corporales se hicieron más visibles, pero ocultos. Quizá el cambio que más noté fue la doble alteración en la ingle: se abrió para expulsar los residuos que la alimentación producía y emergió lentamente los que los humanos llaman pene. Veía que la situación no podía durar mucho; antes o después se darían cuenta de estos cambios y entonces...

Capítulo cuarto

Entra la mujer

-I-

El cambio me transforma totalmente

El andrógino poseía una apertura equivalente a la boca humana si bien con otra finalidad, ayudar al proceso respiratorio que era, como os dije, alimenticio. Mi boca estaba cambiando: aparecieron una lengua, dientes, ¡y sabores! Comía a escondidas, vestía disimulando los cambios corporales. Me ponía peluca y gafas oscuras para hacer las compras... ¿Era un andrógino o un humano? ¿Hasta cuándo podría esquivar al Gran Consejo? Un día fui a comprar al establecimiento que antaño asalté para alimentar al mendigo. Había mirado previamente y no estaba el dueño. En su lugar, de espaldas a mí, una mujer subida a una escalera colocaba productos en las estanterías. Entré, me acerqué a la escalera y saludé. Ella se volvió para verme y perdió el equilibrio. Su cuerpo cayó sobre el mío seguido de cajas de los productos que colocaba. Quedé bajo su cuerpo; ella se levantó sobre el mío y nos miramos. ¡Qué bonita era! Me sentí enfocado por unos ojos verdes maravillosos en un rostro rosado e iluminado por una sonrisa que quitaba todas las telarañas de mi mente. Ella encima, yo bajo ella; mirándonos y sin intentar ponernos de pie. Por fin reaccionó y se incorporó. Me dio la mano para levantarme y me dijo sonriendo:

—Perdone el golpe, pero la culpa fue suya al sorprenderme. Su voz, tan extraña, me sorprendió, me distraje y caí con la escalera.

Yo no acertaba a pedir nada.

—¿Se ha quedado mudo? Vamos, hombre, que no muerdo —y reía.

De pronto cayó al suelo la peluca y me reconoció.

—Un andrógino comprando. Usted es sin duda el que pidió para alimentar al mendigo. La gente, que todo lo tergiversa, extendió el rumor de que había venido a robar violentamente.

Reaccioné inmediatamente:

—Por favor, por favor, manténgalo en secreto. Me juego la vida si se sabe que he venido a comprar.

Me miró con una gran intensidad y con un gesto coqueto y pizpireto me dijo:

—Lo haré, pero con una condición: que hablemos y me cuente algunas cosas. En caso contrario saldré a publicarlo. Póngase las gafas; están en el suelo, a sus pies. Y colóquese bien la peluca. Espere, lo haré yo porque usted no sabe hacerlo bien. Un poco más abajo, en esta calle, verá un pequeño bar. Espéreme en la puerta. Tomaremos una cerveza y hablaremos un rato.

En esos instantes me sentía asaltado por sentimientos variados y contradictorios. Era feliz pensando que íbamos a estar juntos. Sentía terror ante aquella desconocida. No sabía qué decir, pero ella, con gracia y soltura, me empujó a la salida y me dijo con la mirada que no temiera.

Esperé en la puerta del bar a pesar mío. Quería salir corriendo; quizá pudiera extender el bulo de uno que se disfrazó de andrógino. Pero quería ver aquellos ojos y aquel rostro sonriente. Pasaron unos minutos y apareció a paso rápido. Su melena era corta y sin rizos artificiales. Vestía una blusa sencilla y una falda prudente que dejaba ver unas piernas muy bonitas. Se acercó, me dio un beso en la mejilla para disimular según dijo. Entramos y me condujo a un rincón apartado en el fondo del saloncito. Me señaló una mesa y con la mano me indicó que me sentara. Ella se acercó al mostrador y trajo un par de cervezas con dos platitos que portaban algo que debía de ser comida.

Ella dirigía el cotarro. Yo obedecía como un muchacho. Bebió un sorbo y bebí un sorbo. Cogió el trocito de comida de su plato, lo mordió, e hice lo mismo. Debí de poner una cara de satisfacción que le hizo comentar:

—¿Está bueno, señor andrógino? Es tortilla de patatas. Decimos un pincho de tortilla

Me animé saboreando el pincho:

—No bueno, buenísimo. Es lo mejor que he comido. ¡Qué rico!

—Pues yo lo hago aún bastante mejor. Algún día lo probará. Usted me cae muy bien. Vamos a ser amigos.

¡Qué mujer! Ojos, sonrisa, piernas y, además, tortilla de patatas. Casi nada. Y ha dicho que vamos a ser amigos.

Desapareció la inquietud, el miedo. Ella empezó a hacer preguntas empezando por la más obvia:

—Pero, ¿qué eres realmente? Vas disfrazado de humano, comes y saboreas, me miras con ojos desorbitados, pero pareces ser un andrógino que oculta su identidad. ¿Qué eres? ¿No serás, acaso, un híbrido o mezcla de andrógino y humano?

Le dije que no era fácil explicarlo porque yo mismo lo ignoraba. Y empecé a contarle mis cambios y la represión del Consejo. Confesé que sentía admiración por los humanos y que desearía serlo de verdad. Cómo se me fue la lengua. Y el caso es que me daba cuenta del peligro. Pero aquellos ojos me hipnotizaban y me hacían “cantar” las verdades sin medir el riesgo. Cuando se terminaron las cervezas se levantó y trajo otras. La bebida me puso “alegre” —yo nunca bebía— y hablé por los codos de lo que no debía hablar. Le conté lo que realmente es un andrógino y cómo éramos creados; dije que éramos asexuados, que no sentíamos emociones, que no necesitábamos comer. Llevábamos un par de horas; a mí el tiempo se me había pasado sin sentirlo. Miró al reloj, abrió los ojazos y dijo sin más: ¿Mañana a la misma hora aquí? Y salió corriendo.

-II-

El amor sale a Luz

Salí y caminé abstraído, tanto que tropecé varias veces con otras personas. Llegué a casa y me senté en un sillón. La veía con sus ojos verdes, oía sus palabras sin perder una sola. Soñaba que me besaba de nuevo, que nos cogíamos las manos. No me

acosté aquella noche. Estuve todas las horas soñando despierto, soñando con ella. Y contando las horas que faltaban para la cita: dieciséis horas, quince horas, catorce horas... ¿Quién era realmente aquella mujer? De pronto me vino un pensamiento que me desmadejó: podía estar enamorada de algún hombre y su interés por mí podía ser pura curiosidad que yo mismo había alimentado. Pasé muy mal rato, muy malo, pero poco a poco volvió el sueño. Pensé: si hubiera estado enamorada no habría venido conmigo ni me habría mirado como me miraba. Era un inexperto total. Cualquiera muchacho adolescente sabía del amor más que yo. Iría a la cita y la conocería más. ¿No lo hizo ella conmigo sin ningún temor? ¿No me interrogó y exprimió hasta el fondo? ¿Sería yo capaz de hacer lo mismo? Ya solamente faltan diez horas, nueve...

Los dos llegamos a la cita antes de la hora. Fue verla y expulsar todas las dudas e inquietudes. Si tenía un enamorado, si se acercaba por curiosidad ante lo que podía ser un andrógino, ¿qué importaba en aquel momento? Estaba allí, conmigo, mirándome. La cerveza y el pincho de tortilla también, y los saboreé con placer. Volvió a preguntar y yo a responder. Hablamos del mundo de los andróginos; comentó que a ella le parecía muy aburrido. Sin ilusiones de futuro, sin sentimientos. ¿Qué vida era esa? Le dije que pensaba lo mismo, que no soportaba esa falsa eternidad. Y me atreví a preguntar si estaba enamorada; me dijo que sí, que estaba. Entonces me invadió un sentimiento nuevo y desconocido: odio a ese enamorado y hasta odio a ella. ¡Qué lista era! Veía en mis ojos.

—¿Tienes celos porque sospechas que amo a otro hombre? No seas tonto; no es lo que tú crees.

Le hice la pregunta más difícil:

—Dime la verdad y no juegues conmigo: ¿me consideras un andrógino o me ves como a un humano?

Contestó:

—Un andrógino no siente celos ni se enamora de una mujer humana.

—¿Es que estoy enamorado de ti?

—¿Ahora te das cuenta? Te enamoraste cuando me tuviste sobre tu cuerpo y me miraste a los ojos. ¿O no es así? Chico, ya te has comido la tortilla. ¿Te has enamorado también de ella? —se rio con picardía y se levantó.

—Hasta mañana. Me espera la tienda, que hoy es día de mucha venta; se acerca nuestra Navidad y habrá muchos clientes... y mucho trabajo.

Qué mujer. Me desnudaba el corazón con toda naturalidad. Y yo la seguía como un niño pequeño, sintiéndome bien en vez de humillado. Ahora sí que las horas se me hicieron siglos. Pero llegó la hora deseada. Estaba allí.

Nos sentamos y no esperó a que hablara.

—¿Sabes? Ayer terminé el trabajo muy tarde y muy cansada, pero contenta porque hicimos una buena venta. Y para que no sufras te lo diré sin más: estoy enamorada de ti; desde que te pusiste entre mi cuerpo y el suelo.

La sorpresa fue tal que casi caigo de espaldas. Con un rápido movimiento lo impidió. De paso me abrazó y me besó en la boca.

¡Qué felicidad en aquellos momentos! Nunca podré olvidarlos. Nos sentamos y me pidió que le explicara todo lo que sentía por ella. Le brillaban los maravillosos ojos; los pómulos enrojecidos la hacían aún más atractiva. No sabía qué decir, pero respiré a fondo y traté de hacerlo.

—¿Qué siento por ti? Que eres mi vida, que sin ti sería un andrógino muerto, una vida vacía y sin sentido. Ocupas mis sueños, mis pensamientos, mis deseos. Me pregunto a cada paso, ¿dónde estará?, ¿qué estará haciendo? No hay momento del día en que no estés presente. Me has robado el corazón; ya no tengo corazón, mi corazón eres tú. Si a lo lejos veo una figura de mujer con un vestido y un peinado como los tuyos, me palpita el corazón, corro, y cuando llego a ella y veo que no eres tú, la miro con rencor y enfado.

Con la cara apoyada en sus manos, me mira conmovida; caen unas lágrimas por sus mejillas. La sonrisa es ahora un gesto de ternura más que de alegría.

—Sigue, sigue —me dice.

—Antes vivía en mi presente, ahora sueño el futuro contigo, siempre contigo. Quisiera compartir tu vida, vender en tu tienda o llevarte las cuentas, tener una casa y sentarme frente a ti al anochecer para comentar el día o para sentir tu compañía en silencio. Sueño que el día de mi muerte tu mano sostenga y apriete mi mano, tus ojos miren mis ojos. Te daría las gracias por ser tú y por haberme querido. Esa sería mi última palabra, gracias.

Está llorando, pero no se limpia las lágrimas. Deja que corran como pequeños arroyitos.

—Todo lo que me has dicho te lo puedo repetir palabra a palabra pues es lo yo también siento por ti. Verdaderamente eres humano, totalmente humano... y varón; eres un hombre, mi hombre. Soy muy feliz, estallo de felicidad.

Enlazo mis manos con las suyas. Ella deja hacer y besa las mías. Nos levantamos los dos, nos estrechamos y nos besamos apasionadamente.

-III-

¡Vivan los novios!

Pasaron muy pocos días. Escenas muy parecidas, palabras muy parecidas, caricias muy parecidas. La situación no podía prolongarse. Había recibido una nota del Consejo pidiéndome datos sobre mi trabajo y quejándose de que no parecía hacer nada. Pronto, muy pronto, inspección y llamada a juicio, con el resultado ya ineludible de mi destrucción. Descubrirían que hasta mi cuerpo había cambiado, que era humano. Me entregarían a los investigadores, me convertirían en un ratón de laboratorio, me destruirían cuando lograran entender algo de lo que había pasado. Lo comenté con ella y aceleramos el proceso. Nos casaríamos y tomaríamos una nueva identidad.

María me había hablado de ello alguna vez, pero yo no había preguntado ni me había interesado de verdad. Una gran parte de aquel pueblo humano era cristiano, era una de las comunidades que no se habían dejado engañar por la nueva cultura. Su fe y su vida discreta comunitaria los habían ayudado a ser humanos.

Me dijo que antes de unirnos debíamos contraer matrimonio y que este no era emparejar sino comprometerse ante quien ellos llamaban Dios. Cuando en unos días me explicó lo esencial de su fe en aquel que llamaban Jesucristo, me sentí atraído. Sin duda el deseo de ser como ella influía en esa atracción. Si ella era alguien tan especial, esa fe no podía ser una deformación de lo humano. Hablamos con un sacerdote, o sea, un representante oficial de esa comunidad y, tras sufrir un delicado pero completo interrogatorio, quedamos en que me bautizaría inmediatamente, dejando para después lo que llamaba “catecumenado” que venía a ser un master en esa religión. A continuación, nos uniría en matrimonio. Y así fue.

Era el día anterior a la Navidad, fiesta donde celebraban el nacimiento de Jesús en un pesebre de animales. Al atardecer nos reunimos con él y con algunos familiares que hicieron de testigos. El sacerdote me bautizó derramando agua sobre mi cabeza. Luego, los dos nos pusimos ante él y declaramos solemnemente que sabíamos a qué nos comprometíamos, que nos entregábamos para ser una sola carne unidos en riqueza y pobreza, salud y enfermedad toda la vida.

Sacaron unos vasos, vino y cerveza, y tomamos unas tapas o pinchos como ellos dicen, tortilla por supuesto. Si veis, se me escapa el “ellos”, pero ya no eran ellos, sino nosotros. Yo era uno más, uno de ellos y con ellos.

Nos quedamos los dos un rato en aquel lugar rezando, dimos posteriormente un paseo mientras caía la noche, fuimos a nuestra casa, la de María, y en una hermosa cama unimos nuestros cuerpos y fuimos en cuerpo y alma una sola carne. Hasta ahí llego porque la intimidad también es de vuestra madre y ella no está aquí.

La noche siguiente asistimos juntos y unidos a la Misa de Navidad. Oí por primera vez unos cantos hermosos, alegres, entrañables; nos abrazamos todos, nos deseamos feliz Navidad y adoramos y comimos el Cuerpo del Señor transformado en pan y vino. Hubo un momento en que lloré de verdad. En una de las lecturas oí algo que me conmovió. Hablando de ese nacimiento de aquel que era eterno, no inmortal, que era el Amor más allá del tiempo, el creador, se pronunció esta frase: *El Verbo se hizo carne y convivió con nosotros*. Carne, humanidad. Para Él fue una bajada, pero amorosa no humillante; yo también había llegado a ser carne, humanidad; para mí fue una subida a lo alto. Luego, fiesta, alegría, palmas, villancicos.

La alegría invadía hasta las yemas de mis dedos. Qué atrás quedaba mi ser de andrógino. Tuve por aquellos días un sueño que debió ser como una purificación de mis miedos inconscientes a retroceder y una reafirmación de mi ser humano a la luz del Verbo hecho carne. Lo escribí entonces y os lo va a leer la pequeña María, mi nietecita; a mí ya no me queda resuello para seguir hablando; con esto termino mi despedida o testamento. Gracias por vuestro amor y por tantas atenciones.

Estoy en una nave futurista, sin ruidos, sin colores; llena de luz blanca e hiriente. Va muy llena, pero yo viajo solo. Desembarco en un gran aeropuerto; me veo en medio de una masa que me absorbe y me conduce al control de desembarque. ¿Dónde estoy? ¿Qué hago aquí? ¿Adónde voy? La multitud empuja y me conduce hacia el control. Una muchedumbre inmensa pero silenciosa, disciplinada; paso a paso y todos al tiempo; me recuerda las multitudes en las procesiones de Sevilla: el pasito

a pasito que evita accidentes por aglomeración. ¿Esta gente no habla? Pregunto a uno que camina pegado a mí dónde estoy; ni me mira. Un pensamiento me sorprende: ¿estaré rodeado de robots? Sonrío: ¿cómo se me habrá ocurrido? Llego al control. Paso por unos escáneres controlados por un sujeto con cara de aburrido. Pero, ¿es que hacen radiografías a los viajeros?

De pronto, el sujeto aburrido se despierta con los ojos como platos; me mira y grita como un histérico, mientras me señala con el dedo, en medio de aquel silencio inhumano: ¡Umbilicatus!, ¡Umbilicatus!, ¡Umbilicatus! Todos se apartan de mí, como horrorizados; quedo aislado, aparecen unos guardias de blanco impoluto y me llevan con ellos mientras la masa se aparta abriendo un pasillo amplio. Pienso: ¿traeré alguna enfermedad contagiosa? No creo; seguramente me han confundido con un criminal famoso llamado Umbilicato o algo así. Se aclarará, se aclarará, me digo. Me llevan por un pasillo inmenso, sin que mis pies den en el suelo, como si flotara.

Estoy en una sala muy parecida a la nave en que llegué. Todo transparente, blanco, luminoso, aséptico. Entra alguien con aspecto de autoridad. Se sienta y me invita a que me siente, aunque no veo asientos. Hago el gesto de sentarme para llevarle la corriente, y siento la dureza de un respaldo que no puedo ver. Me observa con curiosidad, como a una especie extinguida. Le pregunto quién es ese Umbilicatus, le digo que mi nombre es otro, que ha habido una confusión, que puedo demostrarlo...

Hace un gesto de superioridad y dice:

—“Umbilicatus” no es el nombre de un sujeto, sino la desig-

nación de quien tiene ombligo. ¡Usted tiene ombligo! ¡Tiene ombligo!

No puedo evitar romper a carcajadas:

—*Por supuesto que tengo ombligo. ¿Usted no?*

—*No, yo no tengo ombligo. No he necesitado de madre para nacer. No tengo esa señal de atadura, de dependencia, de esclavitud, que usted tiene. Nadie en este mundo tiene ombligo.*

—*O sea —le digo— que aquí la evolución ha tomado otros caminos...*

—*Nada de evolución. Ha sido la decisión. La decisión de unos cuantos sabios y un largo y trabajoso camino.*

No puedo menos que pensar: ¿y para qué tanto camino? Él parece adivinarme:

—*¿No se da cuenta? Ya no hay ombligos: nadie procede de la decisión de otros; no hay dependencia de una pasión, de la carne y de la sangre; no hay amores que hunden en la miseria, no hay sexo débil ni fuerte, no hay divisiones. El ser humano se ha integrado; sus dos mitades —masculina y femenina— se han integrado: ¡somos el Andrógino! Sin padre y sin madre, sin parentesco, sin lazos, sin sufrimientos. Cada uno hace su vida respetando las normas superiores, las leyes del Estado providente; unas leyes democráticas. Es la paz que el mundo había soñado.*

—*Muy bien. Allá ustedes con su sistema. Yo prefiero marcharme a mi mundo, regresar a la tierra, quiero seguir siendo humano.*

Cuando digo esto, me mira como quien contempla a un idiota incapaz de comprender.

—Pero, ¿es que no entiende? Usted no puede volver a ningún sitio. Usted, no sé por qué casualidad, ha viajado al futuro; esta es su ciudad, su mundo... dentro de unas décadas. Y no puede volver porque nos denunciaría, denunciaría nuestros planes cuando aún apenas están empezando a ponerse en práctica.

—No hay peligro alguno —le contesto—. ¿Usted cree que alguien me creerá si cuento lo que me ha sucedido?

—Mi temor no es ese. Efectivamente, no le creerán. Pero usted tiene ahora la clave para unir muchas cosas que sus contemporáneos ven como sucesos sin relación. Usted, ahora, está en condiciones de hacerles ver que la sustitución de los sexos por los géneros, el reconocimiento de la homosexualidad como un derecho humano, la normalización del aborto, el matrimonio homosexual, la identidad transexual, la manipulación de embriones, la eutanasia no son más que los elementos de un mosaico que, pasados los años, será nuestra civilización. Bastante nos cuesta ir cambiando la mentalidad; en su época, hemos controlado ya los medios de comunicación; nuestros comunicadores y artistas hacen una gran labor de seducción mostrando la bondad y la normalidad de esas conductas que ustedes todavía rechazan por antinaturales. Pero con muchas dificultades: en los partidos que abren estos caminos, muchos afiliados se resisten por ideas religiosas o humanistas; hemos de convencerlos de que se trata de pequeños avances en las libertades o de puertas para el progreso científico, o de paliativos para el sufrimiento de personas... Usted puede ser un gran

peligro. Así que debe morir; pero, tranquilo, no sufrirá.

Empecé a perder la conciencia, hice un esfuerzo supremo para resistir... y entonces desperté. Desperté, aparté las mantas y, sin sentir el frío de la noche de diciembre, corrí al salón donde habíamos compuesto el portal de Belén. Habíamos estrenado un Niño Jesús hermoso; estuvimos varios días escogiendo el adecuado para que se pareciera al bebé que Dios nos regalaría pronto: me dirigí a él angustiado, emocionado:

—¡Umbilicatus! —grité entre risas y lágrimas.

Sí, el divino Niño tenía ombligo, era humano. El Verbo se hizo carne. De rodillas lloré ante María y le pedí por todas las madres y todos los hijos del mundo, por ese bendito lazo de amor que nos une a todos los humanos en una historia de amor y de pecado compartida solidariamente. Queremos ser humanos, como Dios nos creó. Macho y hembra como Dios nos creó. Padres e hijos, como Dios nos creó. Recé por mi madre y di gracias a Dios.

Segunda parte

Los extraterrestres

Capítulo primero

El enemigo está dentro

-I-

¿Se rompe la unidad?

Habían transcurrido veinte años desde aquella confesión de nuestro padre en su lecho de muerte. En aquel momento nuestras comunidades humanas, en su mayoría compuestas de creyentes cristianos, gozaban de paz interior. Vivíamos la comunión sin grandes problemas, con paz y con gozo. Como siempre, sometidos por los andróginos y vigilados, pero cada vez con menos presencia de ellos y con mayor autonomía nuestra. ¿Habíamos pensado que nuestro problema eran ellos y nadie más? Ahora, dada la distancia entre ambas formas de existencia, tampoco significaban mucho algunas limitaciones a las que nos habíamos acostumbrado. Eso fue cambiando de modo que ahora el problema estuvo en el interior de nuestras comunidades; problema mucho más doloroso y, progresivamente, peligroso.

Se trataba de una división cada vez más acentuada dentro de los mismos cristianos. Fue un fenómeno difícil de comprender, una regresión nefasta. Parte de nuestros hermanos empezaron a pensar que los humanos nos habíamos quedado atrasados, que nuestra cultura —cristiana— se había congelado y había perdido el contacto con la realidad: dogmas derivados de la predicación apostólica, ceremonias milenarias, moral opresora... Comentaban, cada

vez con más fuerza y enfado, que había que revisar y reformar a fondo tanto la doctrina como la organización.

No es que la humanidad hubiera abandonado el saber, la ciencia, la investigación. Teníamos nuestros científicos, nuestras universidades, laboratorios, etc. Por supuesto mejoraban las líneas aéreas, incluso las naves para posibles viajes espaciales, si bien estaban prohibidos por los andróginos. La crítica no era en el sentido del avance científico sino en el de un supuesto bloqueo cultural del cristianismo. Pedían, de muchos modos, un diálogo con la nueva cultura, una nueva cultura que no existía o que no era nueva. Se recuperaron debates y calificativos olvidados desde muchos siglos atrás; conservadores y progresistas, fundamentalistas y contrarios... Cuando pasó un tiempo, empezamos a sospechar que tras los nuevos progresistas había poderes que intentaban derribar la solidez de esta humanidad resistente gracias a su fe cristiana y pertenencia eclesial.

Hubo asambleas que terminaron con insultos, e incluso con golpes entre los más violentos. El punto clave que obligó a tomar decisiones fue la presentación como candidato al episcopado de un aspirante que no reunía las condiciones y que estaba totalmente alineado con los progresistas más sectarios, llegando a aprobar su conducta violenta; pretendía bendecir uniones homosexuales entre otros muchos disparates. Se rompió la Eucaristía; muchos dejaron de asistir cuando la presidía este obispo, y con razón, dado que las homilías eran muchas veces contrarias a la doctrina apostólica y su “libertad” de improvisación en ellas le conducía a pronunciar la oración eucarística inventando a su gusto. La ceremonia era una creación suya más que un memorial de la Cena o una representación de la Iglesia como tal. Si todo esto tenía de-

bajo la acción discreta de los andróginos, habría que preguntarse si es que pretendían terminar con la Iglesia cristiana. De hecho, comprobamos cómo los partidarios del cambio se estaban enriqueciendo de modo inexplicable. ¿Los estaban comprando?

Así que, con mucha discreción, nos convocamos los fieles a la Iglesia para tomar alguna decisión. Nos reunimos en una finca fuera de la población llegando poco a poco, y muchos durante la noche, para evitar fotografías que pudieran mostrar grupos numerosos. Asistieron bastantes obispos, pues el nuestro, hasta ese momento, era el único que se había desviado abiertamente.

-II-

¿Una decisión imposible?

Fueron tres reuniones muy densas en un solo día. Se preguntaron, ante todo, qué pretendían los andróginos, pues tras un análisis detallado llegaron a la conclusión de que eran los promotores. ¿Querían acabar con la humanidad cristiana? Los humanos, si eso se producía, se romperían en mil grupos, crecería el individualismo, aumentaría la delincuencia, decaería el nivel cultural y científico. Vivirían cada vez más pasivos, sosteniéndose gracias a las subvenciones de la Ciudad de los Anillos. En estos momentos, a pesar del nivel científico de los andróginos, los humanos no eran una reserva semisalvaje sino todo lo contrario.

En los debates estuvo muy brillante María, la pequeña María, ahora toda una mujer activa, luchadora y muy dotada. Estaba

casada con Roger, un ingeniero aeronáutico que trabajaba en la fábrica de una comunidad no lejana.

—¿Hasta cuándo podremos soportar este cerco? Se apropiarán de la enseñanza e impartirán una educación contraria a nuestras convicciones. Cuando los pequeños lleguen a la adolescencia recibirán subsidios abundantes para fiestas, viajes, etc. Y dejarán de ser personas luchadoras amantes del esfuerzo y del trabajo. Muchos se degradarán, especialmente en la droga. Una situación que ya se dio hace muchos siglos y que empujó a la creación de los andróginos. ¿Se repite la historia? ¿No aprende el hombre sus lecciones?

—No podemos permitirlo —gritaba María insistiendo una y otra vez.

—De acuerdo —respondían— pero, ¿qué solución ofreces? ¿Cerrarnos en clanes endogámicos aislados? ¿Provocar un conflicto armado con los andróginos? Ciertamente que no estamos tan lejos tecnológicamente y que podemos fabricar armas muy destructivas, pero ¿a costa de cuántas vidas? Nosotros tenemos los hijos que hemos engendrado y que amamos, mientras que ellos pueden crear millones de seres en poco tiempo para reemplazar a los que fueran destruidos.

Y María hizo la propuesta.

—Salir de Egipto. Sacar a todo el Pueblo de Dios de este planeta donde estamos controlados, llevarlo a una tierra de promisión donde podamos ser libres sin enemigos internos. Que ellos se queden aquí.

Se hizo un gran silencio; todos esperaban que concretara y era el foco de todas las miradas y de todos los oídos. María abrió una carpeta y siguió hablando:

—El cosmos no se agota con la Tierra y los astros de su galaxia. Hay millones de galaxias que, en parte conocemos por las potentes tecnologías actuales.

Uno de los obispos, amigo y admirador del matrimonio, interviene con tono afectuoso:

—Querida María: eso no es tan fácil. Ni somos fabricantes habituales de aeronaves espaciales, ni tenemos permiso de los andróginos para salir de este planeta. Ellos se enterarían, pues habría que dedicar todas nuestras fábricas durante un tiempo a esta tarea. No se podría ocultar.

—Y, por otro lado, ¿a qué planeta? ¿En la galaxia más lejana donde no nos pudieran encontrar? ¿Con características similares al nuestro? No es nada fácil, María —añade uno de los astrónomos presentes.

María no se rinde. Es tozuda.

—¿No se podría ocultar la fabricación con turnos nocturnos de fieles? Quizá no fuera imposible; habría que estudiar el número de naves necesarias, el tiempo imprescindible para su construcción, etc. Mi esposo Roger trae una serie de estudios que ha hecho desde que fuimos convocados a este encuentro, con materiales que en gran medida ya tenían nuestros ingenieros. Se podrían repartir, estudiar y discutir. Por supuesto que no quedaría todo claro en esta convocatoria, pero se abriría una posibilidad. En cuanto al planeta sabemos que hay los suficientes para poder vivir los humanos. Tendríamos que adaptarlos algo y adaptarnos nosotros: necesidades corporales, vivienda, etc. Usted mismo, señor Li Chiang —el astrónomo que había hablado—, nos puede informar del estado de nuestros conocimientos a este respecto, y

empezar con sus colegas una investigación a fondo partiendo de lo que sabemos y de lo que necesitamos. No lo veo difícil, aunque no fuera tan inmediato como deseamos.

Se disparan las intervenciones, casi todas poniendo el énfasis en las dificultades. Por ejemplo, varios insisten en la dificultad de mover simultáneamente a varios millones de personas; sin duda no pocas dudarían, temerían, preferirían morir aquí en su tierra que en el espacio. Otros subrayan el disparate que a su juicio supondría salir a un lugar desconocido sin haber estado ninguno antes allí. Alguno que otro, sin embargo, insiste en la amenaza creciente y la necesidad de hacer algo. Incluso una de las asistentes plantea la posibilidad de una contienda bélica contra los andróginos, que inmediatamente se rechaza.

Han estado reflexionando todo el día; incluso durante la comida no han dejado de hablar del asunto. El sol se ha ocultado, la noche ha caído sobre ellos, y se reúnen en la gran explanada para celebrar la Eucaristía. Se extiende un falso techo de partículas subatómicas para que no se vea la luz desde el aire. Cuando los obispos y presbíteros salen en procesión hacia el altar, cunde la sorpresa; delante de ellos se han colocado, a modo de acólitos, tres personajes que nadie sabe de dónde han salido. No se les ha visto salir e incorporarse; han aparecido de golpe cuando la procesión estaba en el centro de la reunión.

Cambia la perspectiva

Los obispos se quedan parados, los fieles dejan de cantar y miran. Los Tres siguen caminando tranquilamente y continúan el cántico que todos han silenciado. Aquel campamento se inunda con unas voces más fuertes que las de todos los reunidos juntos, dulcísimas hasta hacer saltar las lágrimas. Son tres figuras imponentes, muy altos y esbeltos; sus blanquísimas vestiduras destacan en la noche. Cuando llegan al altar, se tienden boca abajo y están así unos minutos. Luego se levantan y sonriendo amabilísimamente ruegan ser escuchados. No se parecen en nada a los andróginos y, no obstante, por la dignidad y aparición momentánea, varios preguntan a la vez si son andróginos, si son humanos. Ellos empiezan a hablar:

—Si os queda algún temor, estad seguros de que no somos andróginos. Somos amigos, muy amigos; adoramos al único Dios y Señor; estamos por su voluntad a vuestro servicio y por eso hemos venido. De momento consideradnos extraterrestres.

Ojos y bocas abiertos de admiración y curiosidad. Los Tres siguen delante del altar. El pueblo, a una señal de ellos, se ha sentado y escucha. Escucha y mira, pues sus figuras son impresionantes; tienen una especie de transparencia en cara y manos; andan casi sin pisar el suelo.

—Extraterrestres, pero ¿de qué planeta? ¿Cómo habéis llegado hasta aquí? ¿Dónde está vuestra nave? ¿Sois los que venían en los que el pueblo llamaba platillos volantes? Y, sobre todo, ¿sois humanos como nosotros?

Ríen con aquella risa que entra en el corazón y produce alegría:

—Como sigáis preguntando no terminaremos nunca. No somos propiamente de ningún planeta y somos un poco de todos. Estamos y no aparecemos. No viajamos en naves; no las necesitamos para estar donde Él nos envía.

—Parecen Elfos de Rivendell —dice por lo bajo María a su esposo con su tono inteligente y siempre apasionado.

—Aquellos Elfos fueron una invención de nuestro admirado Tolkien. Su conocimiento de los mitos y leyendas le permitieron construir idiomas y civilizaciones anteriores al hombre, pero son fruto de su imaginación... y ahora de la tuya.

—Entonces, ¿son ángeles!

Nadie lo ha oído, pero los Tres la miran sonriendo con picardía. Sin dirigirse a ella, tratan de explicar.

—No somos humanos como vosotros, pero mucho menos somos un tipo de robot. Somos criaturas de nuestro Dios, no carnales, Vivimos siempre en su presencia y somos algo así como sus recaderos (se miran los tres y sonríen). Nacemos hechos, no de una madre sino directamente de Dios; nuestro parentesco no es carnal, y no necesitamos tiempo para crecer y madurar; nacemos totalmente hechos, terminados.

—O sea, son ustedes los seres más perfectos de la creación: siempre en Dios, terminados a la perfección, sin otras ataduras ni esperas. Ustedes son espíritus, inmateriales, ubicuos... ¡Qué maravilla!

—María —dice uno de los tres como si la conocieran de siempre—, usted siempre por delante como buena investigadora... y curiosa.

Carcajada de la asamblea. María es conocidísima y nunca calla. Ella enrojece, pero no deja de mirarlos esperando respuesta. Hablan:

—No es fácil explicarlo, pero sois muy inteligentes y gozáis de una imaginación extraordinaria. Lo entenderéis si ponéis atención y lo repensáis después en el silencio. Ciertamente somos seres privilegiados, pero no apliquéis ese baremo propio de vuestra mentalidad competitiva, quién es el primero y quién sigue. En este momento de la historia de Dios con nosotros, gozamos de la superioridad que nos otorga nuestro acabamiento y nuestra levedad. Pero no olvidéis que ya estamos hechos y que no esperamos nada nuevo para nosotros. Lo que os puede parecer deficiencia, ese inacabamiento que os caracteriza, es vuestra superioridad sobre todos los demás seres de esta creación. ¿Hasta dónde quiere el Creador conducirnos? ¿Por qué os ha creado a la vez que el tiempo y como seres temporales?

—¿Quizá porque no somos lo que hoy somos sino lo que seremos al final de la historia?

Por supuesto es nuestra María la que habla. Las miradas de todos van de María a los Tres y de estos a María.

—Cierto, María. Y algo más importante. Sois seres abiertos, inacabados por constitución porque estáis destinados a recibir la perfección en el encuentro final; vuestra perfección final no se deriva del desarrollo sino del encuentro; sois seres hechos para el encuentro y lo que de verdad cuenta en vuestras vidas no es la meta sino la compañía, no a dónde vais sino con quién y hacia quién vais. Seréis como dioses, a imagen del que os creó, Jesús, y vinculados carnalmente a su humanidad. Para lograr esa impen-

sable aventura, fuimos creados nosotros, o sea, fuimos creados en el Amor divino y muy amados por Él, pero nuestra razón de ser sois vosotros. Nuestra tarea era preparar la encarnación del Verbo divino; para ello, vigilar la supervivencia de la Tierra e introducir saltos en la evolución, protegeros del mal y corregir vuestros caminos desviados. Hemos sido y somos vuestros ayos, los brazos de Dios extendidos a vosotros.

—Entonces es lo contrario: somos superiores a vosotros. ¿No nos envidiáis? —grita una voz anónima.

—¡Estos humanos! No hay manera de eliminar la mentalidad competitiva. Nosotros somos muy felices porque tenemos la confianza de Dios para ayudarle en su obra predilecta; de alguna manera somos sus manos de artista. Si los colaboradores de un gran escultor trabajan a sus órdenes como un privilegio, ¿van a sentir envidia de la maravillosa escultura que resulta de ese trabajo? ¡Todo lo contrario! ¡La mirarán orgullosos y contentos!

—Y por eso estáis aquí. Es un momento crítico para el camino que Él nos ofrece. Quién sabe si el último. Por eso sabed que estamos deseando obedecer al mensaje que sois vosotros mismos, mensajeros y mensajes.

El que habla es el obispo que preside. Otro, a su lado, grita, Amén, y toda la asamblea responde tres veces Amén.

La propuesta

Ahora todos se ponen en pie y los obispos rodean el altar. No hay lecturas ni homilía. En realidad, ya los ha habido y extraordinarios. Empieza la Eucaristía con el prefacio. El obispo que preside improvisa algunas frases para que la acción de gracias incluya esta especial presencia de Dios en el mensaje que precede a la venida de Jesucristo como pan y vino: *En verdad es justo y necesario darte gracias siempre y en todo lugar, pero especialmente hoy por el regalo y envío de tus mensajeros celestes que nos anuncian a Jesucristo nuestro Señor.* Los Tres están tendidos pero sus voces gritando tres veces Santo desatan las lenguas y arrastran el canto del Pueblo. Nunca se oyó en iglesia alguna cantar el Santo como en esta. Era un canto que iba más allá de los cantos humanos, pero siendo humano. Era la belleza expresada en la armonía de aquella música celestial. Cuando se pasó a la petición del Espíritu creador para que aquel pan y vino se integraran en el cuerpo del Resucitado, y a las palabras de la Santa Cena pronunciadas por el Señor, los corazones ardían, adoraban, percibían. Era una gran fiesta.

Comulgaron con lágrimas en los ojos, se transmitieron la paz del Señor en un abrazo de hermanos, guardaron silencio y se bendijó y despidió: *Llebad la paz del Señor.*

Se sentaron en silencio tras un breve rumor de respiraciones y suspiros. Los mensajeros hablaron de nuevo:

—¡Qué afortunados sois los humanos! Os hacéis parte del Cuerpo del Señor comulgando su carne. Es maravilloso. Y cómo nos

admira que, en este clima de oración y de amor fraterno, se haya evaporado vuestra inquietud sobre la decisión a adoptar. ¿Veis? ¿A que hay algo mucho más importante que las inquietudes de cada día? Mas, aun así, es necesario volver a la cuestión: ¿qué hacer para evitar que los andróginos y sus secuaces terminen con la fe?

El viaje que os proponemos no será como el que vosotros discutís. No será viajar a otro planeta de otra galaxia. No iréis en naves espaciales ni en platillos volantes como decíais. No habrá cambio de lugar. Será un viaje del alma, un asomarse el yo profundo a otro horizonte distinto que modificará la situación que ahora percibís.

—Permitidme una pregunta, queridos señores. ¿Cambiará la situación con solamente un viaje del alma? ¿Puede separarse el alma del cuerpo? ¿Escaparemos de los andróginos sin cambiar de lugar, sin alejarnos de ellos?

—Si os parece vamos por partes. Intentaremos explicar algo, aunque, como no se trata de una cuestión técnica sino más honda, no creo que comprendáis hasta que no lo experimentéis. Preguntáis si puede separarse el alma del cuerpo. No se pueden separar puesto que no son dos cosas que se pegan para formar un compuesto. El alma humana no preexiste al cuerpo, sino que nace cuando lo hace este. Y no es un añadido ni una cosa, sino que es el ventanal que abre al hombre al deseo, al futuro, a la búsqueda y a la espera. El alma es el corazón, el abismo interior del hombre abierto a Dios y habitado, mediante Jesús por medio del Espíritu Santo. Lo que os proponemos con el nombre de viaje es una bajada a ese pozo profundísimo, no por vuestro deseo sino como gracia que os traemos. Por otro lado, respondiendo a la segunda pregunta, el lugar, el sitio es el hábitat del humano, pero la relación entre ambos es de mutuo influjo. El lugar modifica al hombre dado que le

sirve alimentos y le envuelve en un clima suave o extremo; pero el humano lucha por ser él mismo y adaptar al lugar a sus deseos y necesidades espirituales. ¿No creéis que un viaje del corazón más allá del lugar modificará también a este? De momento no os puedo decir más.

Es admirable cómo el ir más allá de los debates convierte las asambleas en lugar de silencio y escucha con el resultado de un aumento en la fraternidad y en la unión. Así estaba sucediendo.

Los obispos se apartaron unos minutos del resto del pueblo, cambiaron unas palabras y el presidente se dirigió a todos.

—Hermanos, en esta situación tan difícil y tan extraordinaria nuestra propuesta es que no se hable más y que emprendamos el viaje. ¿Qué os parece?

Todos asintieron entusiasmados. La confianza en los mensajeros era total, los veían como enviados de Dios sin más. Habían terminado las dudas y vacilaciones. Pero los Tres volvieron a hablar:

—El viaje no será inmediato. Hay que preparar el corazón como se acondicionan los motores de las naves. Hay que preparar el cambio. Tendremos una semana para tres tareas: un ayuno personal, cada uno según sus fuerzas. También los niños, aunque hay que explicarles bien y conviene que estén agrupados para que se vean y se animen unos a otros. Una segunda tarea, la oración extraordinaria durante esos días; os ayudaremos a vivir en presencia del Señor y vosotros nos regalaréis el milagro eucarístico diariamente. Una tercera será el perdón a todos los que nos han herido, humillado, perjudicado u ofendido; perdón proclamado solemnemente como primer acto de las confesiones sacramentales donde Dios perdonará a todos. Hecho esto, ya estaréis preparados.

No hace falta nada más. No hagáis maleta con lo imprescindible, no toméis dinero ni víveres. Faja y bastón de peregrinos, nada más.

-V-

El viaje

Mañana solemnísima y muchedumbre incontable. Los Tres levantaron las manos a lo alto y todos salieron al mismo tiempo. Cuando después narraron aquella experiencia única, cada uno lo hizo a su modo destacando lo que más había gozado, pero todos coincidían más o menos en lo esencial.

La salida fue como un enorme salto en el vacío, como un ser arrastrados por una inmensa ola o por un gran vendaval. Se sintieron como comprimidos o estrujados. Sintieron pararse el corazón y creyeron morir. Mientras viajaban veían su vida como si la estuvieran viviendo en aquel momento. Con todos los detalles en vivos colores, con los sentimientos que sintieron entonces; pero, ahora, captando el fondo de aquellas escenas, cómo se iba modificando su alma al vivir la libertad. Como una gran película titulada con su nombre donde aparecía el Director, y los actores secundarios que estuvieron presentes. ¡Cuántos recuerdos en presente! ¡Cuántas emociones! Llantos y risas, miedos e ilusiones. Fue un viaje al fondo de la vida de cada uno, pero viaje real, no soñado ni sugerido. Volver a vivir, volver a sentir. Alguno contó luego cómo había sido su nacimiento, los esfuerzos para salir del vientre materno, su primera y angustiosa respiración, el instante

de soledad y miedo superado inmediatamente cuando la mamá le acogió en sus brazos. Cada uno abrió su libro de los siete sellos y supo con certeza todo lo que de grandeza y de miseria había habido en su vida. Si se hubieran podido unir todos los relatos en uno solo habrían sabido lo que realmente es el ser humano con todos sus ángulos y rincones secretos.

El viaje llegó a su destino. Millares y millares se vieron, se reconocieron y captaron novedades hermosas. El lugar a donde habían llegado tenía un algo muy especial, rezumaba color verde por todos los lados que miraran. Miraron al cielo y se sintieron envueltos en un verde *charteuse*, claro y azulado. Se miraron y descubrieron que también todos tenían los ojos verdes, aunque con matices tan diversos y tan desconocidos que era un espectáculo interminable ver cómo se miraban fijamente durante minutos unos a otros.

Cuando pasó un tiempo comenzaron a explorar el lugar y, ¡oh sorpresa!, iban reconociendo rincones ya conocidos.

—Mira, la fuente de la plaza.

—¡Ahí va!, si es mi calle!

—¡Y mi casa!...

Buscaron con la mirada a los Tres, que sonreían como siempre.

—En efecto, no habéis cambiado de lugar. Habéis cambiado vosotros y vuestra mirada modifica el lugar.

—Pero...

Y María gritó su descubrimiento:

—El verde es el color de la esperanza y la confianza —dijo llevándose las manos a la cabeza.

Calló y miró a los Tres. Asentían con una sonrisa aún más expresiva.

—Efectivamente, habéis viajado al planeta Esperanza, nombre con el que desde ahora conoceréis a vuestra antigua Tierra. Tierra Esperanza o Esperanza solamente. Lo que ha cambiado es vuestro corazón y ese cambio se refleja en toda la realidad. El corazón ilumina u oscurece el entorno.

-VI-

Algunos cambios

En efecto, lentamente fuimos observando cambios, en principio como aislados e independientes, pero luego vinculados por una lógica nueva. Por ejemplo, algo que llamó mucho la atención fue el cambio de actitud de los andróginos hacia los humanos. Se acercaban con respeto, inclinaban la cabeza; se ofrecían para ayudarnos cuando veían que algo nos costaba demasiado esfuerzo: le llevaban una cesta pesada a la anciana que casi no podía con ella. Fue muy comentada su participación, voluntaria y eficaz, en la extinción de un fuego que se descontroló y amenazó a las viviendas de una importante población. Tanto se implicaron que varios de ellos se abrasaron. Cuando los reunieron para otorgarles unas medallas, agradeciendo su esfuerzo, les fueron entregadas por unos niños que se acercaron y los besaron. Entonces vimos algo desconcertan-

te: ¡sonrieron! Preguntamos a los Tres cómo era posible todo aquello: ¿se estaban humanizando?

Nos respondieron que no sabían si eso se produciría, si bien no lo veían imposible. Dijeron:

—Al fin y al cabo, son embriones manipulados y dañados como tales, pero no destruidos. El embrión es ya un ser humano; de ahí la condición criminal del aborto. Si un día, aquellas modificaciones introducidas eran eliminadas por cualquier causa, ¿por qué no podrían convertir al andrógino en un verdadero ser humano? Pero, ¿qué tipo de modificaciones serían eficaces siendo posibles? No lo sabemos. Tendréis que esperar. Y no dejéis de acercaros a ellos con afecto y con palabras amables.

También el entorno cambió sin cambiar. El suelo, observaron, era más fértil; las cosechas mucho mejores; los animales parecían acercarse todos a la domesticidad de los perros.

Y la comunicación y entendimiento entre los humanos también avanzó y no poco. Era más fácil llegar a acuerdos, convivir pacíficamente, amarse sin dominar o ser dominados. Ganaron las ciudades, en población, en orden, en belleza arquitectónica. Pero, ¡cuidado!, no era todo positivo ni se superaron todas las dificultades de la humanidad. Se avanzó mucho, pero siguieron los problemas, algunos enfrentamientos con resultado de odios e, incluso, violencias. Se avanzó, pero no se llegó... todavía. La vida siguió siendo verde y la Tierra, Esperanza. Y esperar supone que aún hay que caminar trabajosamente. La esperanza fue un gran regalo y facilitó muchas cosas, antes imposibles o difícilísimas, pero no dejó de ser esperanza. Eso sí, se aprendió que la pérdida de esperanza destruía lo humano,

lo vaciaba de belleza, de fuerza y de fecundidad. Y se aprendió a trabajar la esperanza, a difundirla, a no robarla a nadie. No fue poco; el viaje valió la pena, ya lo creo.

Tercera parte

Humanos, nada más que humanos

Capítulo primero

La unión mundial

-I-

María la magna

Uno de los efectos de este salto fue la caída de fronteras. No fue cosa de migraciones más o menos ilegales. Fue fruto de la paz y, sobre todo, del movimiento común hacia la meta. Al fin y al cabo, las fronteras nacieron de la endogamia, del bloqueo del caminar y del dominio del lugar sobre la persona. A estas cosas se añadió el peligro de los otros, los extranjeros o invasores. Pero ahora se recuperó el movimiento y todos coincidían en la dirección del mismo; los nacionalismos, el cáncer de las civilizaciones antiguas, casi desaparecieron. Se mantuvieron las antiguas lenguas, pero el intercambio de palabras, la imitación de tonos, el estudio y los medios técnicos de traducción instantánea, eliminaron el distanciamiento, y el problema dejó de ser problema.

Hubo diálogos entre representantes de las naciones, elaboración de normas comunes, incluso de una constitución democrática para lo que se preparaba: la Unión Mundial (UM). En la votación para la presidencia de la misma no hubo muchos problemas. Había un candidato que todos conocían por las asambleas anteriores y a quien valoraban en todos los sentidos. María fue la primera presidenta de la UM. El discurso inaugural fue muy sabroso y comentado con asentimiento. Uno de sus ejes fundamentales

fue marcar la distinción y, a la vez, relación, entre el ámbito de lo religioso y la sociedad civil. Asunto muy importante porque muchas comunidades eran mayoritariamente cristianas y corrían el riesgo de encerrarse en sí mismas a modo de sectas. María marcó la distinción con la frase de Jesús: *Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios*. Defendió la libertad religiosa, dado que, aunque fueran mayoría, los cristianos no eran todos; había otros credos. Libertad religiosa, pero respeto a las normas civiles y a las autoridades de las mismas.

Los Tres habían estado presentes durante este periodo. María hablaba con frecuencia con ellos, les exponía las dificultades y escuchaba atentamente sus sugerencias. Habían transcurrido diez años desde el viaje a la esperanza. Ellos tuvieron que repetir continuamente a unos y otros que aquello no era el final ni la llegada, solamente un paso trascendental. En la celebración del décimo aniversario, se hicieron visibles en la gran asamblea eucarística. Adoraron, se despidieron y marcharon.

No todas las ciudades y regiones se integraron en la UM. Hubo algunas, también cristianas, que mantuvieron su independencia. Unas, por un cierto complejo de superioridad, inclusive racial; otras, por su desarrollo técnico y económico; más de una para asegurar su lengua como oficial y única pensando que, de lo contrario, desaparecería. Con el tiempo bastantes pidieron su integración en la unidad, al comprobar que se empobrecían en todos los sentidos mientras el desarrollo de la UM era constante y rápido.

Así transcurrieron como veinte años. María no abandonó su vida familiar sino todo lo contrario. Su esposo siguió trabajando en la investigación científica y sus cinco hijos crecieron y ocuparon diversos trabajos y vocaciones. El *viaje* quedaba atrás y las nuevas

generaciones se cansaban de oír las *batallitas* de los mayores. Fue una generación que gozó de paz, de recursos, de todo. Y renacieron viejas corrupciones y violencias. Sin salir de un límite razonable, pero evidenciando que aquello no era aún el final del camino. El gobierno no fue fácil y María vivió algunas temporadas difíciles y nada alegres. Quiso dimitir en un momento determinado pero la población y sus representantes se opusieron.

-II-

Los antiguos andróginos

También ahí se produjo el cambio definitivo. Terminaron con el paso del tiempo siendo casi todos mortales, humanos. Paso a paso, cambio a cambio. Los que convivían más estrechamente con los mortales y eran queridos por estos cambiaron con mayor rapidez. A los diez o quince años prácticamente no quedaban andróginos. Todos humanos, como al principio. Bueno, todos o casi todos... o la mayoría.

María supo abrir la puerta al cambio. Eligió como ministro secretario a un antiguo andrógino, ahora señor Farûk. Era muy alegre y se convirtió en el mediador, el estímulo. Cuando María abandonó el cargo, lo propuso para presidente y la propuesta fue tan bien recibida por los humanos cristianos como rechazada por quienes aún odiaban a los andróginos por el pasado prepotente. Hubo un momento de gran tensión; el verde envolvente perdió fuerza en los ojos y en el paisaje, y Farûk, con elegancia, renunció a su cargo, eligió una profesión humilde y se convirtió, sin ninguna autoridad legal, en puente y reformador.

Durante aquellos años, los humanos exploraron las galaxias y se establecieron en otros planetas. Millones de colonos, muchos de ellos antiguos andróginos, viajaron hasta encontrar un lugar para ellos e iniciar una nueva vida. La Tierra se iba convirtiendo en lugar de despegue, en base de peregrinación. Entre aquellos colonos también hubo un buen número de andróginos que rechazaban su conversión y seguían soñando con dominar a los humanos, así como también de humanos que optaban por su independencia por amor a su cultura o por otros motivos. Fueron colonias que se separaron de la UM. En ningún momento constituyeron un peligro para ella. Se encerraron en sí mismas y vivieron en un pasado ya muerto y lejano. Empobrecidos y radicalizados en sus ideas, con frecuencia vivieron guerras intestinas entre ellos. La UM siguió su camino.

Capítulo segundo

La abuela María

-I-

Hada buena

Cuando María dejó el gobierno se entregó totalmente a la vida familiar renunciando a homenajes, congresos, conferencias, entrevistas. Animó a sus hijos mientras iniciaban su actividad y se forjaban en ella. Pero, sobre todo, se convirtió en una abuela extraordinaria, apoyando a sus hijos y siendo una segunda madre para los nietos. Su casa era el lugar de encuentro de todos, el recreo compartido de los pequeños, y no tan pequeños con los años. Todos, creo recordar que eran ocho por entonces, la visitaban, pasaban fiestas con ella, residían en aquel hogar temporadas. La abuelita María fue organizando de algún modo aquel círculo de muchachos, que ya no eran solamente los nietos; se hicieron presentes otros, amigos o conocidos que se enteraban. Todos eran admitidos y hasta hubo que hacer grupos, dirigidos a veces por los mayores. Se reunían algún fin de semana, o días que no tenían colegio, No había un programa formativo estricto, pues la iniciativa, el momento, estaba abierto a la creatividad. Cierta que muchas veces la reunión giraba en torno a la poesía y a los cuentos: un ratito para pensar y escribir; otro, para leer a los demás; y final de merienda, canciones y risas. Otros encuentros tenían la música y las canciones como centro; la abuelita María les enseñaba canciones antiguas y formaban un coro; ellos traían las suyas y

algún o alguna cantora hacía solos y hasta se atrevían a presentar alguna composición propia. Cuando había habido en el colegio algún altercado durante los días anteriores, no era extraño que la abuelita los fuera conduciendo con suavidad hacia una conversación sobre la necesidad de la educación, sobre sus exigencias, sobre el oficio de enseñar. Algunos expresaron su ilusión por ser educadores en el futuro. Estos eran algunos de los temas, pero lo esencial era la alegría, la libertad para hablar, la amistad. Incluso alguna tarde se dedicaba por entero a bailar, ritmos modernos y viejos, desde pasodobles, mambos, tangos... a moonwalk, jumps-tyle, electrodance, funky, hip hop... Al final, besos a la abuelita y a todos los hermanos, primos y amigos. Al cabo de unos años, aquello contribuyó a gestar un grupo de personas unidas por una gran amistad y con una enorme creatividad. Surgieron noviazgos y matrimonios.

La alumna más aventajada fue su nietecita María. ¡Otra María! ¿La cuarta? Una de las niñas de cada generación heredaba el de la primera, la esposa del antiguo andrógino que luego fue humano. Era como la presencia necesaria de una infancia inocente, alegre, que estimulara a niños y mayores. Esta María era la simpatía y, sobre todo, la imaginación desbordante. Aún muy pequeña, se empeñó en que ella iba a ser un ángel. Encogía los hombros, juntaba las paletillas y decía a los mayores: —Mirad, tocadme, ¿no veis que ya empiezan a salir las alitas?

Con muy poquitos años, ya era una gran narradora que embebía la atención de niños y mayores. Contaba cuentos que inventaba o alteraba los ya leídos con personajes y escenas nuevas que se sacaba de la manga sobre la marcha. Gran lectora, pero rescribiendo en su memoria lo que leía. Por cierto, olvidaba decir que los libros

habían vuelto. Cuando la sociedad se estabilizó y los andróginos empezaron a alejarse del papel de dominadores, no se opusieron a que resucitara el mundo de la escritura que aquellos bomberos quemaron siglos atrás. Aparecieron como milagrosamente millares y millares de libros en los lugares más impensables y surgieron editoriales y bibliotecas. De nuevo descubrieron todos que no era igual oír que leer; la distancia con el autor que la lectura permitía, la soledad y el silencio... María leía con fruición, pero hablaba mucho más. En parte su voz, cantarina y dulce; su mirada y sonrisa; su énfasis misterioso o solemne que mantenía las bocas abiertas esperando el final. Una pequeña artista.

-II-

Una nueva y curiosa amistad

Un día, la abuela la llevó consigo a un antiquísimo monasterio, llamado desde siglos y siglos La Buenafuente del Sistol, enclavado entre montes poblados de bosques, llenos de corzos, jabalíes, buitres y toda clase de animales silvestres y de aves. La pequeña María, como siempre, acompañaba a miembros de la comunidad cristiana que se habían instalado en el viejo edificio, lo habían reconstruido una vez más; preguntaba, opinaba, reía y ellos disfrutaban con su conversación. Un día salió con un señor muy simpático que se llamaba Antonio. Anduvieron un buen trecho hasta llegar a un pequeño claro. Allí, el señor Antonio sacó un recipiente lleno de restos de comida. María no dejaba de preguntar:

—¿Por qué no hemos tirado esas sobras en el bidón donde echáis la basura? ¿Por qué la pones en el suelo y por qué me pides que nos retiremos un poco y callemos? ¿Es que hablo mucho? Eso dice la abuelita y también mamá.

—Ten paciencia. Enseguida lo verás.

Pasan unos minutos. Cada vez que la niña se impacienta y hace un gesto para hablar, el señor Antonio se lleva el dedo a los labios e impone silencio. Un animal se acerca. Es como un perrito, pero con una hermosa cola curvada y con abundante y espeso pelaje de color rojizo. El animalito se acerca a los restos de comida y empieza a comer. Levanta los ojillos y mira primero a Antonio y luego a María. Antonio dice:

—Es un zorrillo salvaje, pero muy amigo mío. Estos animales salvajes se alimentan de otros animalejos, aunque su plato preferido son las gallinas.

—¿Y las mata? Qué malo.

—No es malo; es que tiene que comer. También tú comes carne de animales que el carnicero ha matado. ¿O no?

La niña se levanta y se acerca al animal. Antonio se sorprende de que no huya. Se acerca sonriendo y hablando con su voz cantarina. Está ya a su lado; coge un hueso y se lo pone ante la boca. El zorrillo lo muerde y limpia de carne. Ella ríe y le acaricia; él mueve el rabito y se frota contra ella. Cuando el señor Antonio se levanta para volver, el zorrillo deja de comer y marcha tras los pasos de la pequeña.

La abuela la ve llegar con un animal salvaje pegado a ella y por ella acariciado, da un salto aterrorizada, grita a la niña que corra y a

los de dentro que salgan a salvarla. El señor Antonio le hace una seña para que calle y mueve las manos pidiendo calma. El zorrillo y la niña se acercan a la casa y se detienen frente a la paralizada abuela. María habla con el zorrillo:

—Mira, zorrillo, esta es mi abuela. Es muy buena y muy sabia pero no entiende de zorros y se ha asustado creyendo que me podías hacer daño.

Coge la mano de la abuela y pone en ella la patita del zorro. Han acudido muchas personas, pero el zorro no huye. Están admirados, admirados del “poder” seductor de la pequeña. Esta se dirige a Antonio:

—Antonio, hasta ahora has sido tú el Principito⁸. ¿Me dejas que sea yo la Principita? El zorrillo me habla de la necesidad de la amistad de los demás, como en el libro.

Antonio le responde que ya lo es, puesto que el mismo zorrillo la ha reconocido como tal. Desde ese momento se convierte en la “jefa” de la comunidad, siempre rodeada de un corro de oyentes y, en medio de todos, el zorrillo sentado sobre las patas traseras escuchando sus cuentos como una persona más.

La abuela María captó la utilidad de las reuniones en torno a su nieta. Estaba preocupada por la relativa vuelta atrás de la sociedad e intentaba mantener el recuerdo del gran viaje y la esperanza a que dio lugar. Las últimas generaciones tomaban a broma lo de los extraterrestres como si fuera un mito o leyenda. Mantenía amistad con muchas personas de su generación; empezó a promover encuentros con algunas de ellas. Terminaron por formar un grupo de “comentaristas” de la actualidad que salía por los

⁸ Antoine de Saint-Exupéry y El principito, ¡qué delicia de libro!

medios que habían sucedido al antiguo vídeo. Más o menos, entre quince y treinta, se reunían en un hermoso patio de su casa o en otros lugares y empezaban comentado, con ironía y guasa muchas veces, las noticias y acontecimientos recientes. Contaban chistes, soltaban carcajadas; de vez en cuando, alguna lágrima por algunas mejillas. Se reían de ellas mismas, de las modas de su juventud, de sus amores y desengaños. Tenían una multitud de seguidores, más que nada porque pasaban un rato divertidísimo y hacían pensar. Eran mujeres exclusivamente, pues comentando con su marido lo que pensaba hacer, este le aconsejó que no introdujera varones, que fueran solamente madres mujeres y que el mensaje tan importante se vinculara a la maternidad y a la simpatía de las abuelas. Añadió que no lo decía por temor al dominio de los varones, pues había quedado muy atrás. Para él, el machismo era inseparable del *hembrismo*, o sea, del intento de dominio por parte de la mujer apoyada en los rasgos corporales de hembra, resaltados y exhibidos para fijar en ellos la mirada del varón. Recordaba él que había oído a una niña superinteligente, Martita, un comentario que le dio que pensar: la muchacha había visto en el cole una pintura de Adán y Eva al desnudo. Volvió a casa y comentó muy repipi: es un retrato equivocado, pues Adán tiene ombligo en el cuadro y no debería tenerlo puesto que no nació de Eva, sino que fue creado antes que ella. Entonces él comprendió algo: realmente el primer humano fue Eva, aunque luego se hiciera plenamente mujer al renacer de la costilla-corazón de Adán dormido. Y Adán no estuvo creado del todo hasta que no descubrió a la mujer con aquellas bellísimas palabras: esta sí que es carne de mi carne y hueso de mis huesos. Ninguno de ellos precedió realmente al otro. Por eso le aconsejó que empezara a renovar un verdadero feminismo, un feminismo que no se ase-

mejara a la lucha de clases, sino que empezara por la reforma de la mujer renunciando al hembrismo. María, su esposa, quedó muy admirada de esta lectura de su esposo sobre la relación varón-mujer y siguió su consejo.

Uno de aquellos años, María, la abuela, sufrió un rudo golpe afectivo, la muerte de su esposo. Fue algo inesperado y rápido; le falló el corazón y murió en casa, descansando en su sillón. Para ella fue dolorosísimo; era el amor de su vida; la había querido, acompañado, sostenido en momentos muy difíciles. Pero no se hundió en la desesperación, no se abandonó; siguió su labor y su lucha. Tanto en las reuniones con jóvenes como en los coloquios con abuelas, la hicieron hablar del matrimonio, del amor, de la muerte. Y habló; alguna lágrima rebelde, pero serenidad e incluso sonrisa. ¡Qué acompañada estuvo!, ¡cuántos abrazos y besos recibió!

Capítulo tercero

La anciana maría

Nueva experiencia del tiempo

El tiempo se iba ralentizando, parecía pronto a detenerse. Ella siempre había ido “delante” del tiempo, abriéndole paso, tirando de él. Todo lo hacía al momento y de prisa. Estaba en tres sitios o en tres asuntos al mismo tiempo sin que sufriera olvidos ni despistes. Andaba casi corriendo, madrugaba sin problema y totalmente despierta para iniciar la larga jornada; mientras cocinaba también atendía numerosas llamadas o escribía notas en el bloc preparando discursos. Corría más que el tiempo. Ahora, poco a poco, el tiempo le iba ganando la carrera. Se dormía fácilmente y le costaba madrugar; tenía que pensar las tareas y no podía tener en la mente dos obligaciones o problemas porque olvidaba sistemáticamente uno de ellos. Asearse, vestirse, eran tareas inacabables. Empezó a usar bastón tras una caída y el bastón se convirtió en amigo inseparable. Agradecía mucho las frecuentes visitas de sus nietos, que se turnaban para que nunca estuviese sola, pero se cansaba de la conversación o se dormía. La miraban con cariño y se iban a otra habitación para no molestarla. Alguna vez no acertaba a recordar el nombre de personas muy conocidas, o no las reconocía a primera vista. Y otras muchas veces tenía que disimular y fingir que había conocido al visitante cuando no era cierto. Preguntaba amablemente por la familia, pero no mencionaba padres, ni cónyuges, porque ignoraba si vivían y si la persona era ca-

sada y con hijos. Su rostro se había arrugado, pero seguía siendo encantador; su espalda se iba curvando; tenía un bastón coge-objetos porque no podía agacharse a recogerlos cuando caían. ¡Qué lejos está el suelo!, solía decir con humor. Nunca se quejaba. Sus ojos eran más verdes que nunca y su alegría tranquila y resignada siempre estaba a punto.

El fin se iba acercando y ella era muy consciente. Todos la saludaban con palabras similares: “Qué bien te encuentro, no envejeces, estás como siempre”. Ella solía aconsejar que visitaran al oftalmólogo, o comentaba con humor que años atrás, cuando estaba realmente bien, nadie le preguntaba por la salud ni mostraba sorpresa por lo “joven” que la encontraban. Aún leía, pero sin extralimitarse. Por supuesto, el Evangelio era el libro diario de cabecera. Siempre le daba la sensación de leerlo por vez primera. Alguna novela de aventuras o policiaca pero no “negra”. También en esto se quedaba dormida. Si la despertaban para tomar algo, se disculpaba: perdonad, es que estoy entrenándome para otro sueño más duradero.

Capítulo cuarto

Final de trayecto

*... Su cuerpo dejará, no su cuidado;
serán ceniza, mas tendrá sentido;
polvo serán, mas polvo enamorado.*

(Francisco de Quevedo)

Yacía en el lecho, muy quietecita, con los ojos cerrados, la boca curvada en sonrisa y las manos cruzadas sobre el pecho. Hijos y nietos entraban y salían sin ruido para mirarla. Se cortaba la tristeza. Por supuesto, junto a la cama y con la mano de la abuela entre las suyas, la pequeña María —ya madre de hijos mayorcitos— le hablaba bajito y rezaba una oración. Le recordaba escenas de su vida y, de cuando en cuando, ella abría un poco los ojos mostrando que lo oía y disfrutaba. Atardecía y el sol se estaba ocultando. María abuela miró a su nieta y con voz muy apagada le dijo:

—Diles que pasen y se acerquen. Me gustaría decirles algo.

Así lo hizo María y todos la rodearon acercándose lo posible para oír sus últimas palabras. No podía casi hablar, no le salía la voz, se paraba, tosía, volvía...

—Estoy llegando al final del trayecto... Doy gracias por todos los momentos... alegres y tristes que me han ido configurando... Gracias, Señor, por haberme acompañado y gracias especialmente por mi esposo y por estos hijos y nietos... María me escribió cuando supe lo próximo de mi fin... y me reconocí en ese escrito suyo... Os lo va a leer como si fuera mi última enseñanza...

Y María leyó, tras un pequeño comentario:

La mujer de la estación

La abuelita me dijo que deseaba haceros la última llamada para que vuestro ánimo nunca decaiga, para que conservéis los ojos verdes y no olvidéis el viaje con los Tres. Me decía: Soy humana y la felicidad me embarga por serlo. Y ser humano es ser un **esperante**, alguien que sufre el tiempo, que vive en el tiempo y lucha contra él. Somos, en definitiva, una espera. Eso es lo que quería decirnos. Lo intenté expresar con este cuento que le dediqué hace tiempo. Se titula “La mujer de la estación”.

Había conocido a aquel hombre único, maravilloso, y se había enamorado perdidamente de él. Él le había robado el corazón y ella se lo había entregado agradecida. Para su sorpresa y felicidad, él no tardó en declararse y pedirla en matrimonio. ¡Qué felicidad! Empezaron los preparativos de todo tipo: dónde, con quiénes... Pero una urgencia familiar inexcusable obligó al novio a viajar a un país lejano; prometió volver apenas resolviera el asunto que allí le llevaba.

Ella ardía de impaciencia y todos los días iba a la estación a esperar los trenes en que presumiblemente podía volver. Leía y releía los paneles con horarios y procedencias; preguntaba en información una y otra vez; se colaba en los andenes y registraba con la mirada todos los rostros de los viajeros que venían.

El prometido no llegaba pero ella seguía acudiendo puntualmente. Un día, otro día, otro día... Y ni una carta, ni una explicación. Los familiares empezaron a prepararla para que soportara el cruel desengaño, pero ella no ponía atención a sus palabras. Volvía y volvía, preguntaba y preguntaba, miraba y miraba. Un día se le hizo tarde para volver a casa y aquella noche durmió en una butaca de la estación. Despertó con los primeros ruidos, entró en los servicios para mojarse la cara, y se quedó todo el día. Todo el día y los días siguientes, y los siguientes, y los siguientes.

Al principio sus familiares iban a buscarla, le regañaban, intentaban llevarla a casa: al menos ven a asearte, a descansar, a hacer una comida decente... Ella sonreía, siempre sonreía: no os preocupéis, de verdad, otro día iré. Pero no fue. La familia terminó dejándola por imposible; sus padres murieron, sus hermanos la dieron por loca. Quedó sola en la estación. Bueno, sola del todo no.

La conocían ya todos los empleados: los de la limpieza, los de las ventanillas, los tenderos... La veían sonreír y la saludaban. Ella era amable, hacía pequeños favores, ayudaba a los ancianos a llevar las maletas, a los limpiadores a recoger papeles y botellas... Las tarjetas de crédito que llevaba en la cartera el día que se quedó, se agotaron,

pero siempre había alguien que le daba unas monedas o la invitaba a un bocadillo. Para ella era suficiente y lo agradecía como si la invitaran a un gran banquete. Y seguía examinando los paneles, preguntando en información, colándose en los andenes, mirando los rostros.

Pasaron años; sí, años. Ella fue arrugándose y encorvándose. Andaba lentamente con un pequeño carrito donde llevaba los cuatro objetos imprescindibles que los tenderos le habían regalado. Formaba ya parte de la estación, como los paneles y las ventanillas. Los empleados empezaron a llamarla Esperanza como broma; luego se quedó como nombre y todo el mundo la llamaba así, Esperanza, y ella respondía sonriendo.

Tras muchos años, un día, un día como otro cualquiera... Había llegado la noche; la estación quedó en silencio; los paneles se apagaron; ya no se esperaban trenes. Esperanza, como todos los días, dormitaba en la butaca con el carrito a los pies. De pronto levantó la cabeza; había oído algo. Se levantó, pasó las puertas que daban a los andenes. Y en aquel preciso momento un tren no previsto ni anunciado entraba lento y solemne en la estación. No había nadie con ella en el andén; estaba sola. El tren paró lentamente. Unos segundos de espera ansiosa. Se abrieron todas las puertas de todos los vagones; nadie bajaba. Solamente, del último vagón descendió alguien. Esperanza miraba con los ojos abiertos de par en par. El viajero se fue acercando. ¡Era el joven que siempre esperó! No había cambiado: apuesto, alegre, elegante. Y se dio cuenta de que él la había reconocido; no le dio tiempo a pensar que ella era una anciana; se sintió abrazada y ex-

perimentó en aquel abrazo que su cuerpo renacía, que su espalda se enderezaba. Y supo que apenas habían pasado unos días desde que fue a buscarle por primera vez; supo lo que era realmente el tiempo cuando se sintió amada por quien venía de otro tiempo.

Esperanza somos todos y cada uno de nosotros. Vivimos en la estación, sirviendo y aguardando al Señor, al Esposo, a nuestro Dios. Que Dios nos conceda valor para confiar y esperar, inventiva para hacer productiva la espera, fortaleza para aguantar el desánimo, alegría para sostener a los que no pueden más.

María dejó de leer. La miró y la miraron. Seguía igual: manos sobre el pecho, sonrisa en los labios, pero los ojos, sus ojos, estaban abiertos, fijos y brillaban con un verde intensísimo. María comentó en voz baja: *Ya se ha encontrado con Él.* La besó manos y frente y salió la primera de la habitación.

Lorenzo Trujillo Díaz

**Carta al Exmo. Sr. presidente
del Gobierno español**

Excmo. Sr. D. Pedro Sánchez Pérez-Castejón

Presidente del Gobierno Español

27 de septiembre de 2022

Excmo. Sr.

Mi nombre es Lorenzo Trujillo Díaz; soy sacerdote católico. Es posible que, entre sus cercanos, esta condición me sitúe entre los más extremos de la extremísima derecha. Sin embargo, espero que no se deje llevar por calificativos apresurados y se atreva a leer; muchas gracias. Todo el mundo está preocupado por la economía, y tiene razón para estarlo. Usted también. Ojalá acierte con las medidas que pone en marcha y ojalá que se supere ese crecimiento disparado de la deuda externa. Habría que rebajar el número de representantes políticos y de sus innumerables asesores, tan numerosos como las estrellas del cielo o las arenas del mar; habría que eliminar esos ridículos “informes” muy bien pagados, que encargan algunos ministros y que para nada sirven. Todo eso es importante, pero hay algo más: no es frecuente que miremos al fondo de donde emergen la economía, la convivencia, la paz social. A usted no le he oído nada a ese respecto. Es un gran error. Intentaré señalar las calderas internas donde se cuece un cambio total que puede llevar al desastre mayor y que condicionará nuestra vida y la vida de los hijos de esta generación. Perdone las posibles inexactitudes estadísticas; mi carta no es un informe técnico.

– I –

La muerte ha entrado en nuestra cultura como una inundación. Con razón el papa Juan Pablo II la llamó **Cultura de la muerte**: *“La llamada ‘calidad de vida’ se interpreta principal o exclusivamente como eficiencia económica,*

*consumismo desordenado, belleza y goce de la vida física, olvidando las dimensiones más profundas —relacionales, espirituales y religiosas— de la existencia”. Está claro que por la brecha que ha abierto en la sociedad actual la consecución de una buena ‘calidad de vida’ ha entrado la ‘cultura de la muerte”. El primer signo de su aparición fue la aprobación del aborto: Cada 16 segundos se produce una muerte fetal. Esto significa que cerca de dos millones de bebés nacen muertos por asesinato cada año. No sé si estas cifras, que imagino se refieren al mundo entero, son exactas, pero, en todo caso, son enormes. En nuestro país el aborto ha llegado a ser un derecho de la mujer, incluso menor de edad y sin consentimiento paterno. Gobiernos anteriores abrieron la puerta, pero ahora, con usted, ha llegado a su cumbre. Y aunque la prensa se cebe en la incompetencia de la ministra que ha sacado la ley y trata de sacar otras aún más deplorables, el responsable de estos asesinatos en masa es el Sr. Presidente y todo su gobierno. Leo en el diario La República: *Indignación en el feminismo del PSOE al decidir que la ‘ley trans’ se tramite por vía de urgencia.* Me pregunto si la ministra superfeminista o transfeminista comprende las razones del verdadero feminismo para no simpatizar con esa ley. Sean cuales sean los criterios de moralidad de los abortistas, el resultado es evidente: España terminará llamándose Canislandia, país de los perros, puesto que ya hay más perros que niños. Los perros son miembros de la familia, algunos ya usan zapatitos en invierno. Pero se cierran escuelas por falta de niños, faltan obreros para muchos oficios a pesar de la cantidad de emigrantes que nos llegan. Salga usted a la calle de cualquier ciudad y verá la cantidad de ancianos que transitan. Ciudades de viejos. Funerales en gran número de ancianos muy ancianos, pero poquísimos nacimientos. La cultura de la muerte ya ha llegado a la eutanasia o suicidio asistido; en realidad el suicida no quiere enfrentarse con la muerte real, desea hacerla a su medida. Si usted desea abrir los ojos a lo que realmente es el suicidio le aconsejo que lea el artículo de D. Carlos Díaz en La Tribuna de Ciudad Real (9, febrero 2022). Vea el número anual de suicidios juveniles y su crecimiento en los últimos años. Pregunte también por el número de jóvenes ingresados o tratados de graves enfermedades síquicas. ¿Cómo va a haber ilusión y creatividad si el fondo de tantas personas es la desesperanza y el escepticismo? Vale la pena oír la confesión del Caballero con la Muerte en el film *El séptimo sello*, y el intento de salvar la vida de la pobre pareja me-*

diante la partida de ajedrez que distrae a la muerte y les da tiempo a escapar de ella. ¡Qué curioso! Negamos la Vida y tratamos de ganar unos días a la muerte para disfrutarlos. Me impresiona el sufrimiento prolongado por tratamientos quirúrgicos y farmacéuticos durísimos cuando no hay esperanzas de curación o, al menos de una vida más o menos normal. Frente a eso, la cultura de la vida ama la vida, venga como venga, con el sufrimiento incluido cuando toca. Pero la cultura de la vida casi ha desaparecido y con ella la capacidad de luchar y de amar, la ilusión por el trabajo.

– II –

Lo segundo que quiero mostrar como algo previo a lo que llaman política, es la **cuestión de la droga**. La situación actual de España con relación a la droga, me recuerda tristemente los comienzos del narcotráfico en Colombia, que conocí en mi estancia en aquel país. O quizá más que comienzos. Por un lado, el poder creciente de estas mafias, sobre todo en algunas zonas de Andalucía donde la guardia civil está siendo rechazada y casi anulada. ¿Se dan cuenta lo que esto supone para el país? Yo creo que no. Hace unos días presencié las carreras de vehículos de la policía para detener a un grupo de comerciantes de la droga; cada vez más frecuentes, los descubrimientos de plantaciones de marihuana en nuestros campos. Hay autoridades complicadas y me pregunto si personas cercanas al gobierno no tendrán algún tipo de complicidad dado el interés creciente por legitimar el consumo e incluso la producción con fines terapéuticos (**¿fines terapéuticos?**) Es mucho el dinero que se genera y hoy el dinero es la religión imperante. Ya forma parte de la “cultura”: la cultura de la muerte es la cultura del dios dinero que intenta comprar un momento de felicidad saliendo de la realidad. Leo que un tercio de los positivos en droga tienen entre 31 y 40 años. Son las edades que sufren controles por su profesión de camioneros; pero no hay controles, salvo ingreso hospitalario, para edades más jóvenes. Es una plaga: **¿cuántos conductores son detenidos por haber consumido?** Pregunte privadamente a policías honestos de su confianza. **¿Cuántos accidentes están causados por el consumo?** El porro (¡estúpido-

dos que hablan de drogas blandas!!), la marihuana, la coca, la heroína, etc. Todos conocemos donde se vende, la policía conoce los pisos comerciales. Lo peor de todo —como en los casos de suicidio o de internamientos por enfermedad síquica— es que la edad de iniciación va bajando rápidamente. Las noches de las ciudades, invadidas por los jóvenes, son noches de alcohol y drogas. Noches de vampiros que absorben la vida y convierten en vampiros nocturnos a quienes sustituyen la sangre por alcohol. Recibo a muchas personas para escuchar sus sufrimientos; y oigo a muchísimas madres llorar la situación de sus hijos, que salen de noche y duermen todo el día bajo el efecto de estas sustancias, sin capacidad alguna para el trabajo; he visto meses atrás —llevo algún mes sin estar en el lugar— durante algunas mañanas de domingo, temprano, por una calle que pasa por mi parroquia, grupos de jóvenes quinceañeros con mayoría de quinceañeras, bebidos y seguramente algo drogados, que bajan dando voces a pesar de la hora y haciendo lo que hacen los borrachos, o aletargados con la mirada perdida. Hay que añadir la cantidad más que respetable de mendigos por adición a la droga y al alcohol. Son muchos; asomaos a las puertas de las iglesias o de los supermercados. Me recuerdan mi infancia, en la posguerra, aunque la situación sea muy distinta (¿seguro?). Muchos son divorciados, o vienen de la cárcel, pero ese elemento de la adición a la droga impide totalmente la sanación e integración social.

– III –

Tercero, **la familia** desaparece a pasos agigantados. Creo que un factor determinante —no único— para esa terrible decadencia es la *okupación* realizada por el Estado. El Estado ha expropiado a los hijos como muy cínicamente dijo la ministra Celáa: *los padres no son los dueños de los hijos*. ¿El Estado sí? Ya no reciben el nombre de padres sino de progenitores. Son responsables de los daños que causen los hijos, pero han sido privados del derecho al control y a la corrección. La Ley Celáa expropia la escuela a los padres y a los profesores. ¿Ha visto usted los últimos libros de texto

lLENOS de ideología y programados por políticos? ¿Ha leído como califica alguno de ellos al idioma español? Llegan a la ridiculez, pero es uno de los asuntos más serios que degradan nuestra sociedad. Es el Alzheimer cultural, implantado por el gobierno, en los pequeños cerebros para borrar la historia familiar y social y e incrustar una falsa memoria histórica. Sobre todo, esa ley abrió la puerta para la entrada de la ideología de género. Quizá era lo que se pretendía. Se enseña oficialmente y se condiciona a los alumnos para que vean como normal el “cambio” de sexo. Seguro que vio usted la viñeta publicada ya hace meses (ignoro el autor o autora) en que una señora empuja el carrito de su bebé y otra le pregunta si es niño o niña, a lo que ella responde: no lo sabemos, pues aún no habla. Claro que, como usted bien sabe, el sexo biológico no cambia y el género es un engaño. Recios varones trans, con formas externas de mujer, que ganan campeonatos a verdaderas mujeres que sí son realmente atletas. Están enseñando la destrucción de lo humano, que siempre será la relación varón-mujer. El “matrimonio” ya no es tal matrimonio sino contrato de convivencia como muestran la unión de homosexuales, los vientres de alquiler... Destruída la familia y la memoria familiar, queda en soledad el individuo; y el individualismo extremo gana terreno cada día. Pocas comidas en familia, cada vez menos; aperitivo variado en el bar, comida comprada, etc. El piso familiar es sustituido por el apartamento individual. Individuos indefensos y Estado protector omnipotente. Olvidamos, tan preocupados por la economía como estamos, que la familia es un factor primario de ahorro y que su destrucción multiplica el gasto. El Estado, como es lógico, ha crecido desmesuradamente para organizar el progresivo individualismo. Para ello absorbe en un único poder a los otros poderes que constituyen la democracia: el legislativo, como poder, es aparente pues los diputados son llamados por los partidos y estos están subordinados al gobierno de turno. El poder judicial lucha contra el dominio del ejecutivo. Bruselas ha protestado de los excesos más de una vez, ha enviado hasta un representante, pero inútilmente; ahora los partidos ni se ponen de acuerdo para nombrar vocales de órganos judiciales. ¿No habría sido más fácil que los gobiernos, hace tiempo, hubieran dejado en manos de los jueces la renovación de esos órganos? Pero, la mentalidad es que lo ocupen los míos y así controló. Y así va surgiendo, de hecho, un Estado padre absoluto: poder concentrado.

Solamente la Iglesia Católica se escapa. Quiero creer que el juego político de partidos, ha producido una incauta ambición de poder; algo así como el deseo de poseer el “anillo del poder” desconociendo lo que el “anillo” degrada al que lo convierte en su “tesoro”; que ese “tesoro” convierte a su poseedor, Smeagol, en Gollum. Tolkien no es solamente un novelista. Pero hay otra posibilidad que contradice esta apropiación “inocente”. La segunda posibilidad es que el poseedor no sea el pobre y desgraciado Gollum sino el Señor de los Anillos, Saurón, el mal. En este segundo caso, habría conciencia y libre deseo de provocar el desastre, no sé con qué finalidad. ¿Política internacional para crear ese individualismo y disminuir la población mundial? ¿Lucha entre naciones occidentales y eje chino-ruso-iraní? ¿Qué explicación real existe tras las grandes subvenciones de otros países y múltiples cuentas corrientes para ciertos partidos y personas vinculadas con su gobierno? ¿Hay algo oculto tras la relación con Irán de esas personas? *El ex presidente del Gobierno, Felipe González, ha criticado que haya en España quien defienda “a tope” los derechos de las mujeres “salvo que sean iraníes”. Lo ha dicho en su participación en la inauguración del curso 2022-2023 del Centro de Estudios de la Defensa (CESEDEN), donde ha dado una clase magistral en presencia también de la ministra de Defensa, Margarita Robles (El Mundo, 27-IX-2022)* Se refiere a la rebelión contra los velos y a la violencia que ha seguido. ¿Qué intereses tienen esos países en entregar a España a la izquierda más extrema? En este momento, la lucha por destruir Europa se va agudizando. China y Rusia están en primera línea. El poder se concentra más aún. Es usted el Presidente y le toca defender a España sacando a la luz poderes ocultos... si los hay. Hágalo.

– IV –

Un fuhrer blandengue

Empiezo esta parte con una aclaración lingüística. El significado popular de este término (“blandengue”) que ha saltado a la moda gracias a la ministra Irene Montero, ha cambiado y ya no responde exactamente a la

definición del DRA: 1. *adj. despect. Blando, con blandura poco grata.* 2. *adj. despect. Dicho de una persona: De excesiva debilidad de fuerzas o de ánimo.* Ahora, más bien, sugiere al varón antípoda del machismo, el que no aplasta a los que le rodean, especialmente a las mujeres, frente a las que se considera un igual, pero con complejos. No solamente la respeta, sino que, de algún modo, disimula ciertos rasgos de la virilidad para no ser rechazado por el feminismo de género. El hombre blandengue no se impone dando la cara; no sabe decir “no”. Si el macho corría el riesgo de darse a la violencia, este blandengue tiende a utilizar la astucia y el engaño para lograr sus fines. El varón actual ha de esconder su estilo viril para no desentonar socialmente; la lucha de clases entre mujeres y varones que el feminismo de género entabla, en el fondo quiere eliminar al varón; camina a una cultura trans, a una “superación” de la distinción varón-mujer. El varón blandengue, varón por supuesto, es el comienzo del intento de destruir al varón como distinto y crear una sociedad monosexual.

Hecha la aclaración, ya podemos volver al asunto de la concentración de poderes. Es un grave error, cuando se habla de esto, confundir las dos posibilidades de poder concentrado, dictadura y totalitarismo, siendo cierto que las dos apuntan a un poder no democrático. La dictadura se sitúa por encima de la división de poderes sin más. El totalitarismo es la dictadura identificada con una ideología global al servicio de la cual se organiza; esta, la ideología, genera no solo la destrucción de la democracia, sino, además, la de la conciencia personal. El estalinismo fue una dictadura criminal que imponía la ideología comunista, pero el ejemplo más cumplido fue el nazismo. Tenía tres elementos claramente diferenciados: Un líder indiscutible cuya palabra era ley, una biblia producida por él (*Mein Kampf*) y un partido único uniformado y sin oposición alguna. Puesto que tenemos una ideología potentísima —la de género— que concentra el poder, ¿se podría repetir algo parecido al nazismo? Todo es posible, pero resulta difícil de admitir que ese tipo de personaje deificado fuera admitido y admirado en nuestros días. Se identificaría con una extrema derecha autoritaria y ridícula. Ese fuhrer de gestos exagerados y movimientos de robot, sería visto como la satírica burla de Charle Chaplin en *El Gran dictador*. Esta es otra época donde la masculinidad se expresa ocultándose o disimulándose

de formas muy distintas. No es posible nada parecido al antiguo nazismo. Incluso partidos serios, contrarios al progresismo de moda, son prácticamente eliminados de la vida política por la dureza de expresión y lenguaje atacante y agresor de sus representantes; se califican de extrema derecha y se les hace el vacío político.

El posible fuhrer de hoy, tendría que ser una fuhrer *blandengue*, comprendiendo esta palabra según cánones populares con que hemos empezado este apartado. El fuhrer blandengue sería el gobernante que se fía totalmente de las mujeres como colaboradoras, pero las maneja. Él reina, pero no gobierna. Gobernar exige dar la cara, oponerse, decidir. Gobiernan sus ministros, incluso hasta enfrentarse públicamente unos con otros. Él calla, está más allá de “esas cosas”; reina, pero no gobierna. Como a un rey, le corresponde vigilar la función de sus gobiernos, que es llevar a la práctica la ideología de género. Esa ideología es su “Mein Kampf”, difundida por los medios, por la escuela, etc. hasta envolver a todos como un saco amniótico. Los jóvenes no son los disciplinados, uniformados y violentos, sino los muchachos de la calle; la calle es su partido: el botellón, las noches, etc. El fuhrer blandengue gobierna mediante nombramientos invasivos de instituciones que, a la vez y a continuación, nombran a otros de la misma tendencia. Se nombra fiscal a la ministra; se la eleva dentro de la fiscalía, se nombra en su lugar a otro semejante y este la eleva a la cumbre. El Sr. Presidente es ajeno a todo el proceso, ¿no es cierto? Pero el sistema judicial avanza en descomposición. El viejo nazismo pierde esa *zeta* inquietante y la sustituye por una *humilde “c”*: **NACISMO... BLANDENGUE.**

– VIII –

Por favor, señor presidente

No creo que Su Excelencia pretenda lo que he descrito hasta aquí; no creo que pretenda ser ese fuhrer blandengue, no puedo creerlo. Veo lógico que se sienta calumniado, ofendido por esta carta. Pero no cierre los ojos, relea

lo que he escrito, sin prejuicios. Para mí, camina a ello porque le permite mantenerse en el poder, pero sin vislumbrar a dónde conduce. Le agradezco mucho que lo haya leído y siento haberle, seguramente, ofendido. Perdóneme, nos jugamos mucho.

Con todo mi respeto y con el deseo sincero de que sea considerado en el futuro un buen gobernante.